

R

923

S-127m

1947

U

V I C E N T E   S A E N Z



# MORELOS Y BOLIVAR

Trabajo tomado del libro de la Sociedad Bolivariana de México, "Culto a Nuestros Héroes". Fué parcialmente leído por su autor el 28 de julio de 1947, durante la sesión solemne que la Academia Nacional de Historia y Geografía y la referida Sociedad Bolivariana, dedicaron al Libertador Bolívar y al Generalísimo Morelos. Se hace este sobretiro para el 22 de octubre, CXXXIII aniversario de la Constitución de Apatzingán.

SOCIEDAD BOLIVARIANA  
DEPARTAMENTO EDITORIAL  
MEXICO, D. F.

1947

MORELOS Y BOLIVAR

Impreso por la Sociedad Boli-  
variana de México: Apartado  
Postal 10251, Sucursal 28.  
Biblioteca provisional y salón  
de recepciones, Nilo 37.  
Secretaría General, Pánuco  
194-2, Teléfono 11-09-03.  
México, D. F., Sep. de 1947.

VICENTE SAENZ

# MORELOS Y BOLIVAR

Trabajo tomado del libro de la Sociedad Bolivariana de México, "Culto a Nuestros Héroes". Fué parcialmente leído por su autor el 28 de julio de 1947, durante la sesión solemne que la Academia Nacional de Historia y Geografía y la referida Sociedad Bolivariana, dedicaron al Libertador Bolívar y al Generalísimo Morelos. Se hace este sobre-tiro para el 22 de octubre, CXXXIII aniversario de la Constitución de Apatzingán.\*

SOCIEDAD BOLIVARIANA  
DEPARTAMENTO EDITORIAL  
MEXICO, D. F.

1947



R  
923  
S-127m  
1947  
U

JUNTA DIRECTIVA DE LA  
SOCIEDAD BOLIVARIANA DE MEXICO

*Presidentes Honorarios:* Sr. Lic. MIGUEL ALEMÁN VALDÉS, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.—Dr. RÓMULO BETANCOURT, Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela.—General de División MANUEL AVILA CAMACHO, ex Presidente de México.

*Presidente Efectivo:* Dr. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

*Vicepresidentes Honorarios:* Sr. don JAIME TORRES BODET, Secretario de Relaciones Exteriores.—Corl. JUAN JONES PARRA, Embajador de Venezuela en México.—Dr. HÉCTOR PÉREZ MARTÍNEZ, Secretario de Gobernación.—Gral. GILBERTO R. LIMÓN, Secretario de la Defensa Nacional.—Lic. RAMÓN BETETA, Secretario de Hacienda y Crédito Público.—Dr. FRANCISCO CASTILLO NÁJERA.—Gral. FRANCISCO L. URQUIZO.

*Vicepresidentes Efectivos:* Ing. FÉLIX F. PALAVICINI.—Prof. JESÚS SILVA HERZOG.

*Miembros Honorarios:* Los señores embajadores de las repúblicas bolivarianas.

*Secretario General:* Prof. VICENTE SÁENZ.

*Tesorero:* Sr. don WALDO MORALI, Gerente del Banco de México.

*Vocales:* Prof. LUIS CHÁVEZ OROZCO.—Lic. RUBÉN E. GÓMEZ ESQUEDA.—Sr. CARLOS PELLICER.—Sr. RAFAEL F. MUÑOZ.—Ptof. RAFAEL HELIODORO VALLE.—Sr. JOSÉ PÉREZ MORENO.—Sres. FEDERICO DE LEÓN, Consejero; y ARTURO BRICEÑO, Agregado Cultural de la Embajada de Venezuela en México.

*Consejeros:* Lic. MANUEL GUAL VIDAL, Secretario de Educación Pública.—Lic. FERNANDO CASAS ALEMÁN, Jefe del Departamento del Distrito Federal.—Lic. EFRAÍN BRITO ROSADO, Director General de Acción Social.—Lic. ANDRÉS SERRA ROJAS, Secretario del Trabajo y Previsión Social.—Lic. ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ, Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.—Lic. EMILIO PORTES GIL, Presidente del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes.—Dr. SALVADOR ZUBIRÁN, Rector de la Universidad Nacional Autónoma.—Gral. LUIS ALAMILLO FLORES, Director del Colegio Militar.—Dr. ALFONSO PRUNEDA, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.—Gral. JUAN MANUEL TORREA, Presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía.—Dr. LEOPOLDO CHÁVEZ TINOCO, Subsecretario de Educación Pública.—Lic. MANUEL GERMÁN PARRA, Subsecretario de Economía.—Lic. JOSÉ VASCONCELOS.—Escritor J. RUBÉN ROMERO.—Lic. ARTURO GARCÍA FORMENTÍ.—Lic. JAVIER ROJO GÓMEZ.—Dr. JUAN PÉREZ ABREU.—Lic. LUIS GARRIDO.

- 4 FEB. 1993

Sistema de Bibliotecas-UCR



396034

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Bibliografía. ....	7 y 8
Portada. ....	9 y 10
I.— <b>De pastor y arriero a sacerdote.</b> ....	11 a 17
A los 25 años de edad inicia Morelos sus estudios en el benemérito Instituto Nicolaita. ...	14
Los curatos del Generalísimo. ....	15
II.— <b>Niñez y adolescencia de Bolívar.</b> ....	19 a 28
Huérfano de padre y madre a muy temprana edad. ....	22
En donde aparece don Simón Rodríguez, maestro del Libertador. ....	25
III.— <b>De sacerdote a caudillo de la Independencia.</b>	29 a 36
Antecedentes de la conspiración de Querétaro y del grito de Dolores. ....	32
El Cura de Carácuaro, frente a frente del poder español. ....	35
IV.— <b>De los salones de París a la lucha por la libertad.</b> ....	37 a 49
Reacción de las fuerzas realistas españolas contra los patriotas venezolanos. ....	41
Prisión de Miranda e incidente de Bolívar con Monteverde. ....	45
El futuro Libertador escribe su primer manifiesto en el exilio. ....	47
V.— <b>Rápidas acciones de armas y popularidad incontestable de Morelos.</b> ....	51 a 61
Sitio de Cuautla por los realistas. ....	52
Morelos en Tehuacán, Orizaba, Oaxaca y Acaapulco. ....	55
Reunión del Congreso de Chilpancingo. ....	58
VI.— <b>Triunfos, derrotas y apogeo de Bolívar en los campos de batalla.</b> ....	63 a 76
Contesta Bolívar a las “almas sensibles”, que	

	Págs.
no se duelen de las víctimas sino de los verdugos. ....	66
1814, año fatal para la independencia americana. ....	69
De 1817 en adelante comienza la epopeya del Libertador. ....	72
VII.— <b>Pensamiento, proceso y ejecución de Morelos.</b>	77 a 93
Medidas que deberán tomar los Jefes de los ejércitos americanos. ....	77
Discurso ante el Congreso de Chilpancingo. ...	79
Sentimientos de la Nación. ....	82
Peregrinación del Congreso y caída de Morelos en manos de los realistas. ....	84
Auto público de fe, dictado y ejecutado por la Inquisición. ....	87
Sentencia del Virrey. ....	91
VIII.— <b>Idéario, amargura y muerte de Bolívar.</b> ....	95 a 122
En la Carta de Jamaica habla Bolívar de Morelos y de la Virgen de Guadalupe. ....	97
Unidad hispanoamericana era la divisa del Libertador. ....	101
Discurso ante el Congreso de Angostura. ....	104
El poder moral y otros aspectos interesantes de la Constitución de Bolivia. ....	108
Revueltas, atentados personales, guerra con el Perú, anarquía entre 1827 y 1830. ....	113
Deja Bolívar el poder y clama por la unión, ya moribundo, en San Pedro Alejandrino. ....	117
<b>Palabras finales.</b> ....	123 a 125

## BIBLIOGRAFIA

- MORELOS, por *Alfonso Teja Zabre*.—Espasa-Calpe Argentina, S. A., Colección Austral.
- DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, por *Jesús Romero Flores*.—Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- ROMANCES DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.—Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- MEXICO, Historia de su Evolución Constructiva, dirigida por *Félix F. Palavicini*.—Distribuidora Editorial, México, D. F.
- EPISODIOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.—Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- DOCUMENTOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.—Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- EL SIERVO DE LA NACION.—Gobierno del Distrito Federal, México, D. F.—Anotaciones de *Rubén E. Gómez Esqueda*.
- MORELOS (Pensamiento Político).—Dirección General de Acción Social, México, D. F. Prólogo de *Rubén E. Gómez Esqueda*.
- LA LUCHA DE CLASES A TRAVES DE LA HISTORIA DE MEXICO, por *Rafael Ramos Pedrueza*.—Ediciones "LUX", México, D. F.
- GUIA DE LA HISTORIA DE MEXICO, por *Alfonso Teja Zabre*.—Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- CARTAS DE SUCRE AL LIBERTADOR, por *Daniel F. O'Leary*, bajo la dirección de *Rufino Blanco Fombona*.—Biblioteca Ayacucho.—Editorial América, Madrid, España.
- EL LIBRO DE ORO DE BOLIVAR, por *Cornelio Hispano*.—Casa Editorial Garnier Hnos., París, Francia.
- DIARIO DE BUCARAMANGA, por *Luis Perú de la Croix*.—Editorial "Elite", Caracas, Venezuela.
- BOLIVAR, GUIA DEMOCRATICO DE AMERICA, por *Humberto Tejera*.—Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- THE EVOLUTION OF MODERN LATIN AMERICA, por *R. A. Humphreys*.—Oxford University Press, Nueva York y Londres.



VICENTE SAENZ

- HISTORIA CONSTITUCIONAL DE VENEZUELA, por *José Gil Fortoul*, Caracas, Venezuela.
- NOCIONES DE HISTORIA PATRIA, por *Alejandro Fuenmayor*, Maracaibo, Venezuela.
- EL PENSAMIENTO VIVO DE BOLIVAR, por *Rufino Blanco Fombona*.—Editorial Losada, Buenos Aires, Rep. Argentina.
- CRITICAS DE SINCERIDAD Y EXACTITUD, por *Laureano Vallenilla Lanz*.—Caracas, Venezuela.
- BREVE HISTORIA DE AMERICA, por *Luis Alberto Sánchez*.—Ediciones "Coli", México, D. F.
- MI SIMON BOLIVAR, por *Fernando González*.—Editorial Cervantes, Manizales, Colombia.
- BOLIVAR, CABALLERO DE LA GLORIA Y DE LA LIBERTAD, por *Emil Lüdwig*.—Editorial Losada, Buenos Aires, Rep. Argentina.
- VIDA DE BOLIVAR, por *Simón Latino*.—Segunda Edición corregida, Editorial "Cromos", Bogotá, Colombia.
- BOLIVAR JUZGADO POR EL GENERAL SAN MARTIN, por *Jesús Arocha Moreno*.—Editorial "Elite", Caracas, Venezuela.
- RESUMEN DE LA HISTORIA DE VENEZUELA, por *J. A. Cova*.—Editorial La Torre, Caracas, Venezuela.
- SEMBLANZA DE MORELOS, por *J. Rubén Romero*.—Academia Nacional de Historia y Geografía de México.
- BOLIVAR, por *Phyllis Marshall y John Crane*.—Editorial "ZIG-ZAG", Santiago, Chile.
- LA CASA DE BOLIVAR, por el presbítero *Carlos Borges*.—Trabajo reproducido por la "Revista Bolivariana de México", julio de 1946.
- Diversas Selecciones y Extractos publicados en la misma revista: *Guillermo Valencia, Juan Montalvo, José Enrique Rodó, Germán Arciniegas, José María Samper, José Martí, Francisco García Calderón* y otros autores hispanoamericanos.
- BOLIVAR.—Selección y prólogo de *Francisco Monterde*.—Serie El Pensamiento de América, Secretaría de Educación Pública, México, D. F.
- Varios artículos, citas y referencias de los historiadores mexicanos don *Lucas Alamán, don Francisco Bulnes, don Justo Sierra, Prof. Luis Chávez Orozco, Prof. Miguel A. Quintana, Prof. Agustín Cué Cánovas, General Juan Manuel Torrea* y el Padre *Mariano Cuevas, S. J.* (Este último se refiere a *Iturbide* como Libertador: diario "Excelsior", México, D. F., julio y agosto de 1947.)



*El escritor costarricense que ha encontrado en nuestra patria su refugio espiritual, Prof. Vicente Sáenz, Secretario General de la Sociedad Bolivariana de México. En el siguiente paralelo, con las biografías sintéticas de Morelos y de Bolívar, rinde tributo a estos dos héroes epónimos de América.*

## P O R T A D A

**S**OLO en forma de resumen, y para establecer hasta donde sea posible el paralelo del gran cura de Carácuaro con el aristócrata venezolano, me tomaré la libertad de recordar algunos puntos esenciales de la vida de estos dos ilustres próceres de América.

Y habrá que hacerlo en forma extraordinariamente sintética, sin que nada nuevo pueda yo aportar, porque son muchos los tomos en que aparecen las proclamas de ambos libertadores, su correspondencia y sus memorias; los apuntes y documentos recopilados por sus lugartenientes; los cantos de los poetas; las biografías de historiadores y ensayistas; los inflamados panegíricos, en fin, de nuestros más eminentes escritores, e incluso de intelectuales europeos.

En alguno de todos esos libros he leído que las cuatrocientas acciones de armas de Bolívar, dilatado en el espacio y en el tiempo, se han convertido en más de dos mil volúmenes; y que a él y a otros héroes se les coloca en andamios de tal altura, que ya el hombre de la calle no puede distinguirlos.

Para conocer su pensamiento, para volver a ellos, para vivir y sentir lo que vivieron y sintieron las figuras más insignes de América, acaso se haga necesario no mirar únicamente al personaje mitológico, de modo que podamos estudiar y comprender al hombre, el porqué de sus quebrantos y la razón de sus idearios y de sus batallas.

¡Humanizar, pues, la biografía de nuestros máximos valores; bajarlos de sus monumentos, como nos lo dijo

en México el poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, al inaugurarse el 24 de julio de 1946 la estatua de Bolívar, a la entrada del Bosque de Chapultepec; llevarlos a las escuelas; sentirlos cerca de nosotros y de nuestros hijos, en la intimidad del hogar; darles su sitio, como seres vivos, en la evolución y en el progreso de cada pueblo hispanoamericano!

Eso es, en resumen, lo que me propongo hacer en las páginas de este ensayo, que tal vez pueda servir de orientación a los que se preocupan por conocer e interpretar la realidad de Hispano América.

## DE PASTOR Y ARRIERO A SACERDOTE

**E**N la antigua Valladolid, hoy la ínclita y acogedora Morelia de Michoacán, cuna de tantos y tan esclarecidos varones mexicanos; en aquella tierra maravillosa del Valle de Guayangareo, sinfonía de luz en los crepúsculos y en el espejo de sus lagos encantados, nació don José María Morelos y Pavón, el 30 de septiembre de 1765.

Así consta en el acta de bautizo, firmada cuatro días después por el bachiller don Francisco Gutiérrez de Robles, teniente de cura, quien puso óleo y crisma al infante José María Teclo, hijo legítimo de Manuel Morelos y de Juana Pavón, españoles. Agrega el bachiller Gutiérrez que fueron padrinos del nuevo cristiano, Lorenzo Cendejas y Cecilia Sagrero, a quienes hizo saber su obligación y parentesco espiritual.

Que como hijo de españoles fuese criollo, al menos de la clase humilde, es cosa que niega el ilustre historiador de derechas, don Lucas Alamán. Quizás por mala voluntad hacia el caudillo, don Lucas le quita lo blanco a Morelos según raspa la pluma, hasta dejarlo con mezcla o hibridez de indio y negro, que es como decirle zambo.

Quiero suponer que el gran talento crítico de Alamán, muy superior al fanatismo de las gentes de caverna que lo rodeaban, no hubiera dado tanto énfasis a su afirmación si, vuelto a la tierra, pudiese comprobar que negro fué Maceo —como lo fué Pétion—, e indio de pura raza zapoteca el benemérito don Benito Juárez, cuya lucidez

y entereza podrían servir de modelo a muchos blancos. Y no con la talla o los quilates de Alamán. ¡A muchos blancos "con el alma negra", dándole vueltas, para el caso, a esta metáfora expresiva de José Martí!

Otro historiador mexicano, pero ya de nuestros días, el querido y admirado amigo don Alfonso Teja Zabre, con papeles a la vista defiende el punto, tocante a lo racial, en esta forma:

"Sólo sabemos de sus ascendientes que fueron **cris-  
tianos viejos, limpios de sangre y de buena reputación,**  
según testimonios auténticos". Confirma, eso sí, la po-  
breza del héroe tonsurado, porque "era hijo de carpintero  
y nieto de un maestro de escuela, por la línea materna".  
¡Endémica hoy la penuria de los maestros de escuela en el  
medio hispanoamericano, hay que imaginar lo que pade-  
cerían durante la colonia!

\* \* \*

Tenemos, pues, a Morelos, nacido y bautizado en Valladolid. Y lo hemos de tener, a poco andar, huérfano de padre. Nos lo presenta entonces su paisano de Michoacán, J. Rubén Romero, a los siete años de edad, "de piel tostada y negro pelo alborotado, bailando su trompo concienzudamente.

"Si algún muchacho del barrio se aproxima, el niño enrolla la cuerda, recoge su juguete y se introduce en una humilde accesoria, porque no quiere tratos ni cambio de palabras con sus vecinos.

"La miseria es perro rabioso que muerde y aísla de la sociedad a quienes ataca. La viuda de Manuel Morelos se vió acosada por ella, y tuvo que resolverse a poner a José María bajo la autoridad de su cuñado Felipe, quien dentro de sus condiciones económicas dedicó al muchacho a cuidar de unas vacas por el rumbo de Zindurio."

Once años estuvo allí en Zindurio y en la hacienda de Tahuejo, jurisdicción de Apatzingán. Tomó más adelante el oficio de arriero entre Acapulco, Valladolid y México, de mayor esfuerzo y responsabilidad que el pastoreo o la labranza. Vuelvo a emplear, en trazo breve de aquellos días, la prosa nítida del señor Romero:

“Pronto se adiestró José María en el manejo de los tercios y en cargar las mulas. En los pasos difíciles solía ayudar a la recua con alguna mala palabra, de esas que son corrientes en el oficio; y al llegar a las ventas y a los mesones del trayecto, después de curarles las maderas y de echarles el pienso a las bestias, se acurrucaba al amor de los hachones de ocote, para oír conversar a los soldados del Virrey y a los hombres de la Acordada.

“¡Caminos interminables, bajo las lluvias monótonas de agosto; veredas recubiertas por las heladas crueles de enero; torbellinos de polvo que obligan al viandante a esconder el rostro tras el pañuelo de hierbas!

“...En una viaje compró una gramática latina de Nebrija y, caminando, la aprendió de memoria... En otro viaje se detuvo en la puerta de la parroquia de Maravatío para escuchar, alelado, las notas imponentes del **Tantum Ergo**, que salían de la iglesia envueltas en gasas azules de incienso. Quizás entonces se resolviera a estudiar para sacerdote.

“A Felipe Morelos le parecían irrealizables las pretensiones de su sobrino, pero le halagaban. Llenábase de una íntima satisfacción al pensar que aquel muchacho criado por él, un poco taciturno, alto y recio, endurecido en las pesadas tareas del campo y hecho a los más ásperos trabajos de la arriería, llegase a vestir el traje de los clérigos, tan respetado por las gentes de la clase humilde, a la que ellos correspondían. Se imaginaba a los rústicos rancheros descubriéndose al paso del sobrino, y por eso

lo alentó a que se matriculara como capeño externo en el viejo Colegio de San Nicolás."

*A los 25 años de edad inicia Morelos sus estudios en el benemérito Instituto Nicolaita*

**G**RACIAS a los pequeños ahorros que había podido hacer, y a una voluntad extraordinaria para iniciar sus estudios a los veinticinco años de edad, ingresó Morelos en 1790 al ya citado centro nicolaita, del que era maestro y fué después rector el Padre don Miguel Hidalgo, pasando posteriormente al Seminario Tridentino.

Aunque es verdad que a la sazón "había gran urgencia de formar un cuerpo numeroso de curas, para lugares apartados y pobres", no se resignó el futuro Generalísimo a seguir solamente los cursos básicos de Latín, Filosofía y Moral. Con su gran ambición de saber, trabajando intensamente de día y de noche, reforzó antes bien la ciencia de los claustros, mediante la lectura de diversas obras didácticas, a cuyos autores trataba de asimilar e interpretar.

Eso le permitió dirigirse a la capital del Virreinato, presentar examen el 28 de abril de 1795 y recibir el diploma de Bachiller en Artes, otorgado por la Real y Pontificia Universidad de México.

Dos años adelante, en 1797, recibió las órdenes de subdiácono y de clérigo diácono, lo que habría de permitirle servir en Uruapan como preceptor de Gramática y Retórica. Pudo así aliviar su muy precaria situación económica, y las más urgentes necesidades de su anciana madre y de su hermana Antonia.

Finalmente, a fuerza de grandes privaciones y de sacrificios inenarrables, que nunca lo hicieron desmayar, logró su ordenación sacerdotal en enero de 1798. Y jun-



to con los hábitos talaes, el nombramiento de cura interino de Churumuco, a no muy largo trecho del vicariato de Cinagua y de la tibia placidez de Tamácuaro de La Huacana.

### *Los curatos del Generalísimo*

**I**NSALUBRE y lejano es el pueblo de Churumuco, perdido en la manigua tropical. Tierra caliente, con todas las dolencias y los contagios de entonces y de ahora. Pero allí va el nuevo sacerdote, por los áridos caminos o las veredas pantanosas, resignado y humilde en su cabalgadura, cubierta la cabeza con el amplio pañuelo que a guisa de montera lo defiende del sol.

Acorre Morelos al moribundo para que salve el ánimo con los santos óleos. Dirá después su misa rezada en la ermita de Cinagua. Mañana un rosario solemne en La Huacana. Confesión y comunión del beaterío. Otra vez al húmedo calor de Churumuco.

Cristalino afluente del río de las Balsas, antes de llegar al pueblo, forma un meandro apetecible con sombra de higuerones. Semiasfixiado y sudoroso se baja el cura del caballo. Mira por los cuatro puntos cardinales antes de aligerar sus ropas. ¿Amonestación del superior por denuncia de vecinos? No se tiene noticia, en esa época, de reprimendas de la Mitra. Pero cabe suponer que en tan sabrosas aguas refrescantes —como Bolívar en el Apure y en el Orinoco— solía Morelos quitarse el polvo y el ardor de las jornadas.

Resiste la fiebre perniciosa don José María. Se enfrenta con optimismo al mal del trópico. Ayuda con su consejo y experiencia a los labriegos. Los instruye, les habla de semillas y de arados, del amor a la tierra y de la justicia de Dios para el hijo del agro. Les predica, sobre

todo, en las mañanas calcinantes y en las tibias noches de luna, con el ejemplo extraordinario de su fortaleza.

Antonia y doña Juana, en cambio, son las indefensas víctimas de la manigua. Se sienten de tal modo debilitadas y enfermas, que Morelos decide enviarlas a Valladolid para que sanen. ¡Vano empeño respecto de la madre! Se agrava en Pátzcuaro, según lo comunica su amigo y compadre Antonio Cornejo al sacerdote. La frase final es el anuncio de que llegó la muerte: "No puedo ser más largo, porque voy a buscar la cera para el viático".

\* \* \*

Muerta y sepultada doña Juana Pavón a orillas de aquel lago, de tan bellas y románticas leyendas, forjadas por la dulzura sin par de los tarascos; a orillas de aquel lago de Pátzcuaro, en cuyo centro de Janitzio se levanta hoy un monumento al héroe, pidió Morelos un cambio de parroquia. Le fué a la postre concedido, nombrándosele cura interino y juez eclesiástico de San Agustín Carácuaro. Debía también ocuparse de las feligresías cercanas en Nocupétaro y Acuyo. Posteriormente se le confirmó su nombramiento para el mismo curato y dependencias, ya con el carácter de propietario.

Conforme a la tasación —de acuerdo con Teja Zabre— recibiría el presbítero "seis reales y medio diarios, el uso de algunos útiles de cocina y el servicio personal de un muchacho mandadero, un mozo caballero y una mujer para la molienda del maíz. Este servicio personal tenía por objeto, además, impartir la enseñanza de la doctrina cristiana".

Agrega el mismo autor que los pobladores no pagaban sino mal y tarde las míseras pesetas de su párroco, "eludían la parte laboriosa del servicio personal, y sólo aceptaban este cargo para ir a comer a la casa del cura,

llevando a veces a todos sus familiares, y consumiendo ellos mismos lo que habían pagado con tan poca voluntad y en medida tan escasa”.

Tendrá Morelos algunas dificultades con su rebaño, debiendo contestar, ahora sí, varias quejas enviadas a la Mitra.

Ha de proponer él mismo que se le rebajen, todavía más, sus pobres emolumentos.

Pensará sin duda, ante la indigencia y la desesperación que lo rodean, en las riquezas acumuladas por sus superiores jerárquicos.

Recordará ciertas pláticas del maestro don Miguel Hidalgo, en los amplios corredores del Colegio de San Nicolás.

Y pasará por su mente la figura dinámica y austera de don Vasco de Quiroga, fundador de aquella institución a más de dos siglos y medio de distancia, Oidor de la Segunda Audiencia, excepcional Obispo de la diócesis por sus obras, por sus ideales, por su arraigado sentimiento de humanidad y de justicia.

## II

### NIÑEZ Y ADOLESCENCIA DE BOLIVAR

**O**RIUNDOS de la católica Euskadi fueron los antepasados del Libertador. Su señorío en la Merindad de Marquina, actual provincia española de Vizcaya, bien pudo revestir con blasón nobiliario a los mayores de la vieja estirpe.

Un buen día de 1567, durante el reinado de Felipe II, saltó el primer Simón Bolívar, de aquellas tierras bravas del Cantábrico a la borda de un velero, con dirección a las costas magníficas de América.

Audaz y fuerte, decidió correr fortuna en Venezuela. Ilustrado en sus devociones y en los conocimientos de la época, avaro de su abolengo y de su honra, resuelto y ambicioso, llegó a ser en breve plazo corregidor perpetuo de Caracas y alto funcionario real de la provincia.

Ya está la raíz de los Bolívar en el nuevo mundo. Los hijos, los nietos y bisnietos, sin perder contacto de sangre con España, aquí se han ido quedando. Son dueños de minas y haciendas, hombres de trabajo y de armas al servicio de su rey, a quienes la Corona concede los cargos y los títulos que solamente podían otorgarse a ciertos criollos, merced en ocasiones al monto de los tributos.

Será un mayorazgo abierto y generoso; reconcentrado y místico el de otra generación, hasta morir de viudez inconsolable en un convento. Los habrá también contradictorios: bailadores y severos, pensativos y locuaces. Y no faltará alguno entre ellos con fachada del santuario

de Guernica y cascabeleo interior de alegre fonda, en que ríen y cantan los parroquianos, al compás del tamboril, el acordeón y las guitarras.

Magnánimos y progresistas —con la excepción que nunca falta—, fundarán villas y escuelas, impulsarán el establecimiento del puerto de la Guaira, mejorarán el sistema de producción en sus fundos mineros y agrícolas; y no obstante su consanguinidad o afinidad con familias de la Corte y de la nobleza colonial, empezarán a comprender que es una afrenta para el criollo el dominio político del español.

De ese árbol —cepa del suelo vasco trasplantada al clima del nuevo Continente—, nos viene como remate el último Simón Bolívar, libertador de la mitad de América. Fué hijo cuarto, el menor, el más pequeño, pero también el más inquieto de don Juan Vicente Bolívar y Ponte, caballero de Santiago, señor de Aroa, marqués dos veces, coronel perpetuo de las milicias de Aragua, y de doña María de la Concepción Palacios Blanco y Sojo, de Bolívar y Ponte.

Nació Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, nombres completos de nuestro personaje, en la muy leal y heroica ciudad de Caracas, el 24 de julio de 1783.

\* \* \*

Nos informa el presbítero don Carlos Borges, en famoso y bellissimo discurso que pronunció en 1921, centenario de Carabobo e inauguración de la casa natal del Libertador, cómo después del portentoso alumbramiento duerme la joven madre, profundamente quebrantada. Al lado suyo, “entre finísimas holandas, sedas, plumas y edredones, el inquieto recién nacido pugna por salirse de los pañales”.

¡En qué forma contrasta la magnificencia de los

Bolívar, con la humilde condición de los Morelos en Valladolid!

Se refiere después el sacerdote al contento y alegría en aquella mansión aristocrática, llena de familiares y amigos, y al trajín por doquiera de sirvientes y esclavos, "desde el salón de honor hasta el gallinero y la cocina". Importa destacar a la negra Hipólita, "la flor de las esclavas", de antemano elegida para ser aya del niño. Se acerca a los 28 años y está valorada en trescientos pesos.

Vendrá a los pocos días la ceremonia del bautizo, muy diferente también al de Morelos, cristianizado por un afable y bondadoso teniente de cura. Al venezolano, en cambio, le pone óleo y crisma su ilustre deudo el canónigo don Juan Félix Jerez de Aristeiguieta y Bolívar, provisor del obispado, quien aumenta con cuantioso donativo el patrimonio del infante.

Con cifras de diversos autores sostiene Cornelio Hispano que el vínculo del doctor Aristeiguieta, constituido por varias casas y tres haciendas, más la herencia de sus padres, daba a Bolívar caudal suficiente para llevar en Europa un tren de príncipe, sin mengua de sus propiedades.

Pero volvamos al exquisito narrador don Carlos Borges, empeñado en que no nos alejemos de la fiesta bautismal:

"Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna, se encuentra aquí presente. Revienta de pronto en el zaguán, con resonante júbilo, la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el Padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz, que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, plenos de vino, se alzan vasos y corazones, color de sangre y oro como la bandera de la Conquista.

"Desde las ventanas, de par en par abiertas, los padriños tiran puñados de monedas a la chiquillería insaciable.

R

923

S-127m

1947

U

396034

e-7

En el fondo del último patio, al són de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamueca. Lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegre y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya.

“Vedla qué mona y qué galante, con más adornos que la palma del Arzobispo el Domingo de Ramos, con su **blanca risa de negra**, cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de oro —regalo del padrino— y el sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo en sus negros brazos.

“Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dirá a su hermana María Antonia, recomendándosela encarecidamente: “Acuérdate que yo no he conocido más madre que ella”.

“Ella, en fecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el padre de Colombia descansa ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proscrito, la negra Hipólita que inconsolable le sobrevivirá por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lagrimatorio de basalto.”

*Huérfano de padre y madre a muy temprana edad*

**A**PENAS ha cumplido tres años Simoncito, y ya es huérfano de padre. Va creciendo con sus hermanos Juan Vicente, María Antonia y Juana, en la soleada casona de la Plaza de San Jacinto; en la de su preceptor, el patricio don José Miguel Sanz; o en la gran hacienda —después histórica— de San Mateo.

¡Cómo se siente ufano el niño Simón Bolívar cuando lo dejan montar el primer potro de sangre —potro con heráldica—, galopar por los llanos de Aragua, bajarse del

caballo y cobrar buenas piezas de pesca o cacería con sus anzuelos, el arpón o la escopeta!

¡Y cómo ha de lamentar el regreso a la ciudad, en donde gentes estiradas, muy afectas al tresillo, a la murmuración y a la blanca peluca, suelen visitar su acogedora residencia, dispuestas a tomar ceremoniosamente el chocolate con su viuda y joven madre!

De belleza delicada es la gentil señora. "Ojos grandes y negros, de suave fulgor místico. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento". . . "Jamás en su presencia se fustigó al esclavo, sin que al punto ella no detuviese, imperiosa o suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dió sus pechos de madre joven al huerfanillo negro, y cerró los ojos al anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones".

Bastan estas pinceladas del Padre Borges, que pintan la figura y el carácter de la madre, para comprender con cuánta emoción la recordará siempre Bolívar. Pero le habría de durar muy poco tiempo. Nueve años contaba el niño cuando "fué servido Dios llevársela", para usar los mismos términos de una nota enviada por su padre a don Esteban Palacios, tío de los menores y "hermano el más querido de la difunta".

Era el 6 de julio de 1792. Negros cortinajes en la amplia sala. Cirios y candelabros. Quejas sollozantes de la servidumbre. Damas y caballeros enlutados que van y vienen. Graves silencios. El llanto de los hermanitos huérfanos sólo es interrumpido por los rezos, la media voz de los parientes o por el viejo esquilón de San Jacinto.

Con lo ojos muy abiertos mira el más pequeño de los hijos cómo cierran el ataúd, y cómo se llevan aquel cuerpo que le dió calor y vida. Acude a él la negra Hipólita. ¡Las lágrimas del que será libertador de naciones



y de hombres, se confunden con las de una esclava, que gracias a él será liberta!

\* \* \*

Sobre el amor que hasta el final de sus días guardó el héroe por su madre, hay una escena en varios libros y anecdóticos, que aquí es oportuno recordar. A su regreso del Perú, en 1827, visitó por última vez la casa de San Jacinto, que había pasado a ser propiedad de su prima, doña Teresa Jerez de Aristeiguieta y Bolívar, casada con don Juan de la Madrid. Se festejaba allí al grande hombre con un banquete familiar. Ya estaba triste y amargado, "coronada de lauros la frente y de espinas el corazón". Quiso brindar y dijo, entre otras muchas cosas, algunas que ya había escrito desde el Cuzco a su tío Esteban, el 10 de julio de 1825, comentadas por Rufino Blanco Fombona. Esencia de ese brindis:

"¡Cuántos recuerdos se aglomeran en mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Mis tíos, mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí."

"...¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos, dónde nuestros parientes? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con sangre, por el solo delito de haber amado la justicia."

"...¿Dónde está Caracas? Ya no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad, cubierta con la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas. Habéis

sufrido mucho, pero os queda la gloria de haber sufrido mucho por haber sido siempre fieles a vuestro deber.”

Al final de su improvisación, cuando trató de evocar otra vez el recuerdo de su joven madre, cuya delicada silueta le parecía que aún se paseaba por aquellos salones, no pudo Bolívar contener el llanto.

“¡El Presidente de la Gran Colombia, el Libertador de América —comenta el Padre Borges— sólo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho!”

*En donde aparece don Simón Rodríguez,  
maestro del Libertador*

QUIEREN los tutores que las dos mujercitas y los dos niños Bolívar sean instruídos y educados como cumple a personas de su condición. Primero los sacerdotes Andújar y Negrete; después los señores Pelgrón, Vides y Carrasco; más adelante don Andrés Bello, disciplinan el claro entendimiento de quien va entrando ya en la adolescencia. Hasta que lo toma por su cuenta el extraordinario personaje don Simón Rodríguez, quien acaba de regresar a Venezuela, en plena juventud, tras de mucho rodar por varios años en diversas naciones europeas.

Influencia decisiva ha de tener Rodríguez en la formación de su tocayo, aunque no en su ortografía, según puede colegirse de las primeras cartas de Bolívar a sus familiares, cuando por primera vez salió de Venezuela.

Las lecciones son generalmente al aire libre, en la ciudad o en San Mateo, a la sombra de los árboles o en la ribera de los ríos. Serán temas favoritos del maestro y del discípulo, los ideales de Rousseau; las prédicas de Montesquieu; el absolutismo y la corrupción de los reyes; las experiencias del propio mentor en la Francia del 89; el funcionamiento de la guillotina; los Derechos del Hom-

bre, que ya circulan de mano en mano en la Nueva Granada, comentados y traducidos al español por el gran humanista revolucionario don Antonio Nariño, precursor formidable de la independencia de Colombia.

Hará hincapié Rodríguez en la situación de los criollos americanos, obligados a pagar impuestos excesivos a la metrópoli, con perjuicio de las grandes masas indígenas, mestizas, negras o mulatas, que son las que en realidad producen; e insistirá en que los criollos, a su vez, son simples colonos, gobernados y en el fondo despreciados por los europeos.

Le explicará otras veces cómo fué la conquista de América por los españoles, y el triste fin de Atahualpa, de Cuauhtémoc, del último emperador incaico Tupac Amaru.

De qué manera, al cabo de más de dos centurias, casi en esos mismos años, en 1781, había sufrido muerte peor y más horrendo suplicio el rebelde peruano José Gabriel Condorcanqui, descendiente de los hijos del sol.

Cómo fué también sacrificado, entre los mayas yucatecos, el dulce y temible vengador de agravios Jacinto Canek.

Y en qué terrible forma allí no más, al otro lado de las montañas y de las planicies venezolanas, en Santa Fe de Bogotá, encontraron muerte atroz Juan Antonio Galán y compañeros, con el aditamento de infamación por cuatro generaciones.

Se habrá de referir Rodríguez además, no cabe duda, a lo que en nuestra liberal, supercivilizada y democrática era de la bomba atómica, suele llamarse "discriminación" racial. Hará ver a su discípulo la división de aquella sociedad en siete castas, cinco de ellas vencidas, explotadas, ignorantes, bajo el dominio espiritual de un clero ajeno al cristianismo, que con la participación común en los sa-

cramentos, "ignorando las diferencias terrestres, debería igualar en principio a todos los fieles".

A tan corta edad y en ambiente como el suyo, no comprende Bolívar muchas cosas. Pero al correr de los años, libres ya Nueva Granada, Venezuela, el Ecuador, Perú y Bolivia, escribirá con gratitud a su maestro, de nuevo radicado en el viejo continente: "No he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles".

\* \* \*

Ha pasado un lustro desde el fallecimiento de la madre de Bolívar, hasta llegar a la fallida conspiración de 1797, encabezada por el capitán rebelde don Manuel Gual y por el Justicia Mayor de Macuto, don José María España. Envenenado murió Gual en Trinidad; y al señor España se le llevó al cadalso transcurridos ya dos años, cuando confiadamente dispuso repatriarse. ¡Se cumplió la sentencia inexorable de descuartizamiento, paseo en jaula y exhibición final de la cabeza, "fijada en una viga de treinta pies de altura!"

La actitud de numerosos criollos, quienes al descubrirse la conspiración ofrecieron sus servicios al Capitán General, es de suponer que impresionara profundamente al joven caraqueño. Sintiéndose desconcertado por las opiniones hostiles a los insurgentes, incluso entre miembros de su propia familia, pensará que las ideas de su maestro están todavía muy lejos de fructificar en Venezuela.

Rodríguez, por otra parte, permanece oculto, resuelto a tomar el primer barco que pase por la Guaira, temeroso de que se le encarcele por su labor antimonárquica y por su infatigable espíritu revolucionario. Después de

cinco años de trato diario con su preceptor, Bolívar se siente solo, como si habitase un mundo extraño que ya no es el suyo.

Resuelve a la postre su familia enviarlo a la capital de la vieja monarquía española, como medida heroica, porque el muchacho no quiere seguir sirviendo en el ejército, a pesar del grado de subteniente que se le ha concedido en las Milicias del Rey.

Quince años tiene a la sazón, e ingenuamente esperan sus mayores que a la sombra de viejos deudos y amigos en la Corte de Madrid, aquel adolescente pensativo a veces, en ocasiones turbulento, entrará en razón para que sea un continuador más de la limpia trayectoria de sus antepasados, en Aroa, en San Mateo y en Caracas.

Embarca el joven en la Guaira, a mediados de enero de 1799; se detiene el "San Ildefonso" en Veracruz, después de dos semanas de navegación, y el pequeño criollo puede entonces visitar la capital de México; sigue su viaje por la vía de Cuba, siempre al cuidado del capitán del barco.

Conversador, alegre, con dinero en abundancia, lleno de ilusiones, en alta mar hacia las costas de Vizcaya, por fin en las aguas del Cantábrico, ya se acerca, ya llegó Bolívar a la metrópoli del vasto imperio español.

### III

#### DE SACERDOTE A CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA

**D**EJEMOS en Madrid al mimado y opulento caraqueño, cuando corre apenas el décimosexto aniversario de su natalicio, para indagar sobre Morelos en la Nueva España. El fuerte sacerdote michoacano, con sus treinta y cuatro años cumplidos y uno y medio de ordenado, estará por esos días preparándose para salir de Churumuco a la parroquia de Carácuaro.

Han pasado tres siglos de vida colonial. Parpadean a lo lejos las últimas luces del siglo dieciocho, y apuntan rutilantes los destellos vigorosos del siglo diecinueve. Un intenso movimiento revolucionario sacude la opresión en diversas latitudes. La filosofía de los enciclopedistas se va convirtiendo en realidad. Todo parece indicar que una nueva era se ofrece también al nuevo mundo, desde México hasta el Río de la Plata, no obstante el secular retraso de las mayorías en nuestra larga noche medioeval.

Los Estados Unidos son autónomos desde 1776; autónomos y libres, porque a sus habitantes, con nociones precisas de ciudadanía, les ampara la Constitución democrática de Filadelfia. Atruenan el espacio los golpes de piqueta y el clamor del pueblo de París, que al echar abajo la Bastilla señaló el fin de los Borbones: los de Francia y los de España. La revolución industrial por otra parte, con su auge y madurez en Inglaterra, ha ido abriendo cauces más amplios de expansión y de comercio,

que romperán el cerco del monopolio español a sus colonias.

Llegan todas estas noticias a los virreinos y a las capitanías generales de Su Muy Católica Majestad, don Carlos IV. Circulan clandestinamente las gacetas, a pesar de la vigilancia de las autoridades y del rigor del Santo Oficio. Las leen y las comentan y se exaltan los criollos ilustrados, quienes empiezan a vislumbrar la etapa que se avecina, vinculada sin remedio al proceso inevitable de transformación mundial.

Pero falta todavía el pretexto —si en esa forma cabe decirlo—, para que los grandes forjadores de la independencia hispanoamericana se lancen con éxito a la lucha. Quienes se anticipan al momento histórico fracasan, como fracasó en Venezuela la conspiración de 1797 a que ya se hizo referencia. Como fracasará todavía en 1806 el ilustre general don Francisco de Miranda, con sus expediciones de Ocumare y Coro, en marzo y en agosto de ese mismo año.

¡Este gran don Francisco de Miranda, quien por su tenacidad y entereza; por su actividad sin desmayo y su fe inquebrantable en la independencia de América; por haber dedicado lo mejor de su vida a defender la libertad en los Estados Unidos, en la Revolución Francesa, allí donde su espada pudiera ser útil a los ideales que lo llevan después a su patria escarnecida, bien merece el alto sitio de honor en que lo tiene la conciencia americana!

\* \* \*

No ha llegado, pues, el instante oportuno para el golpe afortunado. Las condiciones no son aún propicias para que los enciclopedistas triunfen en América. La gran masa indígena, los zambos y los mestizos, los negros y los mulatos, las clases que los europeos llaman inferior-

res, dominadas con la esclavitud, la servidumbre, la encomienda y el temor al más allá, no responderán al requerimiento de los precursores. Tampoco habrían de hacerlo los criollos apacibles, que sólo se preocupaban por mantener incólumes sus intereses.

El momento, sin embargo, ya se acerca, sobre todo en México cuya situación difiere de las demás colonias, porque se ha formado una clase media de criollos y de mestizos pobres, que son como la vanguardia del proletariado frente a los europeos y a los criollos ricos. Y llega ese momento, salta la chispa que ha de incendiar el Continente, con la invasión de España por los ejércitos de Napoleón.

La comedia o la tragedia de Bayona, en que se exhiben y estallan las pugnas de Carlos IV y de Fernando VII; la abdicación del padre en favor del hijo, y la entrega de la vieja corona al hermano del Emperador francés; toda esa descomposición y estulticia que produjo el grito de guerra del pueblo español contra los invasores extranjeros, el 2 de mayo de 1808, habría de producir también el grito de guerra en ultramar.

Contra el poderío de España será la revolución continental de independencia. ¡Pues bien, a los monarcas españoles los tiene Bonaparte echados a sus pies! Pero no le hacen el juego nuestros próceres al vencedor de Europa. Primero contra Napoleón, con la consigna de Fernando VII ni más ni menos, desconcertando así a los indecisos, a los "amigos del orden", a los realistas puros. Contra Fernando VII después, porque las batallas que en América empiezan a librarse, no se ganan para devolver coronas ni restaurar ningún absolutismo, sino en sangrienta y gloriosa defensa de la libertad americana.

¡Acaso en nuestros propios días, tan críticos y contradictorios como aquéllos, pueda lograrse que políticos de altura y estadistas de visión, como los que lucharon en



Hispano América por ser libres, obtengan conquistas verdaderas en favor de la democracia efectiva en nuestro medio, sin dejarse dominar en forma ignominiosa por ninguna gran potencia!

*Antecedentes de la conspiración de Querétaro  
y del grito de Dolores*

EN julio de 1808, al tenerse noticia en México de lo acaecido en España, asume el Ayuntamiento de la capital el poder y la autoridad soberana. Sostiene el licenciado Francisco Primo Verdad y lo respaldan los más destacados regidores, junto con el sacerdote peruano Fray Melchor de Talamantes, que por cautividad o ausencia del monarca la soberanía recae en el pueblo, al que representan legítimamente los Cabildos.

Estará en ello de acuerdo el Virrey Iturrigaray. Pero la Audiencia rechaza tan atrevida proposición por boca del Inquisidor decano, considerándola "herética y digna de anatema", en franca oposición con la tesis del Ayuntamiento.

Hace crisis la divergencia pocas semanas después, el 15 de septiembre, con un golpe de fuerza de los "Voluntarios de Fernando VII", casi todos comerciantes o "hijos bien" de abarroteros peninsulares aristocratizados. ¡Los típicos gachupines de entonces y de hoy, con vistosa corbata y zapatos de charol!

Asaltan los fernandinos el palacio, ponen preso al Virrey y lo hacen embarcar en Veracruz, nombrando en su lugar al anciano mariscal don Pedro Garibay. Fray Melchor de Talamantes es enviado con esposas a San Juan de Ulúa, en donde muere al poco tiempo, cuando ya también ha fallecido el licenciado Verdad, misteriosamente ahorcado en su prisión.

Seguirá la agitación bajo el gobierno de un nuevo Virrey, designado por la Junta Central de España. Se provocarán motines y la conspiración de Valladolid en septiembre de 1809, dominada por el militar realista don Agustín de Iturbide; otras de menor importancia y por último la de Querétaro, que en la noche del 15 de septiembre de 1810, dirigida por el Padre don Miguel Hidalgo, culminará en el pueblo de Dolores con el grito de Independencia.

Para organizar sus primeras juntas soberanas, habían contado los criollos insurgentes con una institución arraigadamente española, que arranca de los Concilios de Toledo en la época visigoda, y que cobra fuerza con el estado llano o representación del pueblo en las Cortes de Burgos, de León, de Castilla, de Aragón, de Borja y de Navarra, en diversas fechas a partir del año 1,100 de nuestra era; con una institución que se convertirá más adelante en los Ayuntamientos, de origen netamente democrático, no sólo en la Península sino también en sus dominios.

Y ahora, en el caso concreto de la Nueva España, cuentan los mexicanos con un emblema místico y racial, con una bandera a la que el pueblo habrá de seguir con entusiasmo fervoroso: la Virgen de Guadalupe, reina de los indios y de los mestizos, aparecida en el Tepeyac en 1531, según la tradición.

\* \* \*

De esta Virgen morena, que no era venerada por los criollos ricos ni por los españoles, prosélitos de la del Rosario y los Remedios, "porque hasta en la religión—como ya lo vimos en Venezuela—había diferencia de castas"; de esta Virgen morena y de su influencia en el movimiento independentista mexicano, ha escrito frases

como las siguientes el gran poeta del Anáhuac don Manuel Gutiérrez Nájera:

"La insurgencia fué popular, levantó las masas, inflamó las almas, por la fuerza de la fe y la fuerza intensa de una gran necesidad económica". . .

"¡A matar españoles! Es decir, a repartirse sus bienes, a vengarse del amo duro, del hacendado avaro, a tomar desquite de los azotes. ¡Y arriba, en el estandarte, la imagen de la Virgen Mexicana capitaneando, autorizando aquella guerra contra los hombres injustos y los crueles númenes extraños!"

"No había realmente lucha de dos credos religiosos antagonicos, pero sí pugna entre dos catolicismos: el catolicismo del inquisidor que excomulgaba y el catolicismo del cura que era excomulgado; entre el catolicismo del amo y el catolicismo del siervo".

"La Virgen de Guadalupe simbolizaba la religión de los naturales oprimidos; no fué agraciada con títulos militares por el poder virreinal, como la Virgen de los Remedios; era toda india y toda para el indio".

El primer obispo de la diócesis de México, Fray Juan de Zumárraga, natural del señorío de Vizcaya —paisano como podrá observarse de los antepasados de Bolívar—, fué el medianero del milagro operado en el ayatl del indígena Juan Diego. ¡No se imaginaría jamás aquel prelado que con el milagro del Tepeyac, les estaba dando a los oprimidos enseña de redención!

Triunfal tenía que ser por consiguiente la carrera del Padre Hidalgo. Apoyado en San Miguel el Grande y en otras poblaciones, recibido clamorosamente en Celaya, se presenta en Guanajuato doce días después del grito de Dolores, al frente de 30,000 hombres. El asalto y la caída de la Alhóndiga de Granaditas, símbolo del absolutismo, en donde se refugian los españoles con todos sus tesoros, "es apenas comparable a la toma de la Bastilla

por el pueblo de París", de acuerdo con lo que afirma el escritor y maestro don Miguel Quintana.

*El Cura de Carácuaro, frente a frente  
del poder español*

DE las diversas conspiraciones tendrá noticias en Carácuaro don José María Morelos. A juzgar por lo que dicen algunos autores, cosa que otros niegan, sostenía correspondencia con el señor Hidalgo. Pero en una u otra forma, es lo cierto que el maestro y el discípulo del Colegio de San Nicolás se encuentran en la ciudad de Charo, cerca de Valladolid, a mediados de octubre; que desde allí Morelos acompaña a Hidalgo y a sus fuerzas hasta Indaparapeo; y que el padre de la independencia mexicana, después de hablar largamente con Morelos y de haberle parecido mejor para general que para capellán del ejército, le otorga el siguiente nombramiento:

"Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el bachiller don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado".

A partir de ese momento se inicia la carrera gloriosa del esforzado sacerdote, que comenzó sus estudios a los veinticinco años de edad. Sin embargo, no se desprende de su curato sin llenar todas las formalidades y obtener el permiso correspondiente de la Mitra, que hasta le nombra substituto, "con dos terceras partes de los emolumentos y obligación de guardar al propietario la tercera parte, para cuando se restituya a su curato".

Pero no habrá de volver Morelos a su feligresía como pastor sino como insurgente, a reunir el primer núcleo de 25 hombres dispuestos a seguirlo. Ya está trazado su camino como caudillo de la independencia.

Mientras Hidalgo avanza victorioso hasta el Monte de las Cruces; mientras el Virrey Venegas y el General don Félix María Calleja organizan sus efectivos para ponerlos en plan de campaña; mientras don Ignacio Allende, don Juan Aldama, don Mariano Abasolo y otros jefes y oficiales tratan de disciplinar y armar, incluso con piedras y con palos a la inmensa muchedumbre que sigue a los dirigentes revolucionarios; y cuando a pesar de las rogativas de los realistas, que sacan en procesión a la Virgen de los Remedios y le ponen la banda de Generala, continúan los insurgentes dominando con la Virgen de Guadalupe, empezará a su vez Morelos a obtener sus primeros grandes triunfos en toda la región del sur hasta la costa del Pacífico.

Derrotado Hidalgo en el Puente de Calderón, el 17 de enero de 1811; caído así el gobierno que ya tenía establecido en Guadalajara; prisionero después en el Baján, camino de Saltillo a Monclova, durante su retirada al norte, en compañía de sus jefes y oficiales más selectos y de algunos sacerdotes; degradado por la autoridad eclesiástica el 29 de julio en Chihuahua y fusilado al día siguiente, ahí queda Morelos como alma y nervio de los ejércitos republicanos, frente a frente del poder español.

## IV

### DE LOS SALONES DE PARIS A LA LUCHA POR LA LIBERTAD

**H**ABIAMOS dejado a Simón Bolívar, adolescente, en Madrid. Allí vivirá tres años, con su tío Esteban o en la casa del anciano marqués de Ustáriz, estadista y filósofo de gran cultura, que ha de ser para el despierto huésped un nuevo y excepcional mentor. Mucho aprenderá de él y de los letrados liberales que frecuentan sus tertulias; pero, sobre todo, conoce en esa casa a la que será su esposa, doña María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza.

En reuniones sociales, en paseos y en visitas, cuando ya le apunta el negro bozo y se hace hombre, tropezará con grandes de España, militares entorchados, sonrientes diplomáticos y graves funcionarios, de los que no montan a caballo.

Discutirá con políticos de altura y con cerebros despejados, en aquel ambiente de corrupción y de cerril intransigencia. Frecuentará la taberna o el café de moda, en compañía de aristócratas botarates y ociosos, cuyas murmuraciones se refieren a la vida de la reina insaciable—María Luisa Teresa de Parma—, de Carlos IV y de Godoy. Reñirá con el Príncipe de Asturias. Y hará que suspiren y acaso desfallezcan, en sus brazos de criollo americano, algunas damas linajudas de la más devota cristiandad y la mejor prosapia

Pero no sólo baila y se divierte: estudia también el joven caraqueño; aprende idiomas; busca a los auto-

res clásicos; lee de nuevo a Voltaire, a Rousseau y a Montesquieu durante largas veladas, bajo la dirección solícita del marqués de Ustáriz; y al sufrir un incidente que lastima su orgullo de venezolano, vuelve sin remedio a don Simón Rodríguez —el trotamundos incurable de quien no tiene noticias—, recordando sus palabras sobre el menosprecio de América por los europeos.

En 1801 —va para los 19 años— hace un viaje a París, y observa la situación de Francia bajo el régimen de Bonaparte, que lucha por salvar los principios republicanos. Puede así comparar el gobierno surgido del 18 Brumario con el gobierno absolutista de la metrópoli española.

Alguien, por añadidura, le explica cómo fué la decapitación del señor España, y los relatos de Rodríguez le dan vueltas en lo que los psicoanalistas llaman “el subconsciente”, en época de tanta sabiduría como la nuestra. Ahora sí se le graban más en la memoria las que juzgó historias del maestro, y lo atormenta una profunda depresión. Lo que ha sucedido en la plaza principal de Caracas, convierte en espantosa y sangrienta realidad aquellas trágicas narraciones, a las que no daba crédito completo pocos años antes.

Desazonado vuelve a Madrid, contrae matrimonio en mayo de 1802 con María Teresa, y embarcan los recién casados a establecer su hogar definitivo en Venezuela. Se instala de preferencia en San Mateo, pero nueve meses después del matrimonio, en enero de 1803, muere la joven esposa a quien ya tenía por compañera de sus sueños y de sus esperanzas.

La desaparición de su mujer provoca en el viudo de veinte años un hondo abatimiento. No encuentra sosiego en la hacienda ni lo encontrará tampoco en la ciudad. Más que nunca se siente completamente solo, a pesar de la ternura y los cuidados de la negra Hipólita. Es tan

alarmante su estado de ánimo, tan inconsolable su tristeza, que su fondo romántico lo hace desear la muerte.

Con el espíritu decaído, por consejo de sus familiares, inicia un nuevo viaje a Europa, hacia donde sale a fines del mismo año. Su hermano Juan Vicente manejará todos los bienes, para que el menor pueda serenarse de tribulaciones en el viejo mundo.

Visita primero España, y otra vez se le abrirá la herida cuando su padre político y los demás deudos de su esposa muerta, lo reciban y lo atiendan en Madrid.

No puede quedarse en la metrópoli. Un decreto de Carlos IV prohíbe que los habitantes de las colonias vivan en la Península, según se afirma, por escasez de víveres. Siente Bolívar la humillación en carne viva; recuerda de nuevo a don Simón Rodríguez, quien por esa fecha está radicado en Viena; y sin nuevas dilaciones emprende el viaje en busca del maestro.

Muy ocupado está Rodríguez en ciertas experiencias de laboratorio, más importantes, a su parecer, que los arranques de desesperación del joven viudo.

\* \* \*

Se radica entonces en París el último Simón Bolívar. Desde su llegada hasta 1807, en que después de visitar los Estados Unidos regresa a sus dominios venezolanos, será su vida una constante agitación y un derroche agobiador en los grandes salones, en los teatros, en los más altos círculos de la capital francesa.

Quiere aturdirse, distraerse, olvidar su pena, frecuentando sitios de la más ruidosa galantería, gastando fuertes sumas en bailarinas o en damas de alcurnia, jugando y perdiendo millares de francos en pocas horas.



Es concurrente asiduo y hombre mimado en las tertulias de su prima la señora de Villars, de madame Recamier, de madame Talleyrand, de altos funcionarios, filósofos, artistas y escritores.

Tendrá con algunos de ellos serias discusiones porque ha podido observar y condena el retroceso del régimen napoleónico, de la democracia, del republicanismo, a la dictadura y al imperio. Expondrá francamente sus ideas contra el nuevo Napoleón que ya no es, ni mucho menos, el que tanto admiró en 1801.

Conoce y trata en algunas de esas reuniones al barón de Humboldt, quien ha regresado de un viaje de cinco años por América, y le hace ver cómo sería radiante el destino del nuevo mundo si sus pueblos se viesan libres del yugo español. "Creo que la fruta está madura —repite varias veces el barón—, pero no veo al hombre capaz de realizar tamaña empresa".

Se queda Bolívar pensativo; deja para mejor oportunidad sus citas galantes; y logra que por fin se le reúna don Simón Rodríguez, en cuya compañía visita varias capitales europeas, hasta llegar a Roma en agosto de 1805. Allí pronuncia su solemne promesa o juramento del Monte Sacro, que no será el monólogo escrito, al cabo de muchos años, por el inspirado colombiano don Manuel Uribe Angel. Su esencia, sin embargo, está en la frase final:

"Juro delante de usted —le dice a Rodríguez, quien para entonces lleva el apellido Robinson—; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor y por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".

*Reacción de las fuerzas realistas españolas  
contra los patriotas venezolanos*

DOS años después del juramento, con su experiencia de Europa y de los Estados Unidos, ya está de nuevo Bolívar en su hacienda de San Mateo o en su casa de Caracas, trabajando por la independencia, acudiendo a reuniones secretas, esperando la ocasión de cumplir lo que ofreció en el Monte Sacro.

El 19 de abril de 1810 se establece la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, y es designado el Capitán General don Vicente Emparan. Ha llegado el año crítico y ubérrimo de la liberación hispanoamericana.

El año de las Juntas autónomas y de los gritos de independencia en todos los virreinos y capitanías del nuevo mundo.

El año de una generación maravillosa de intelectuales y hombres de acción, que con la pluma y con la espada harán esfuerzos sobrehumanos para que triunfe la Enciclopedia, para que se respete la dignidad del ser humano en nuestro continente.

No está de acuerdo Bolívar —como ya vimos que no lo estaría Morelos— en engañarse ni engañar con el nombre de Fernando VII. Mas encabeza una misión diplomática a Londres, en la cual figuran estadistas como don Andrés Bello y don Luis López Méndez. Piensa el joven revolucionario que Inglaterra no sólo ha de estar contra Bonaparte, sino que simpatizará también con un movimiento que suprima de América el dominio español.

Fracasa, por supuesto, porque la Gran Bretaña ha hecho alianza con Fernando VII, o con el grupo que lo respalda, para vencer a Napoleón. De regreso en Venezuela, habiendo llevado consigo a don Francisco de Miranda, organiza la Sociedad Patriótica, grupo selecto y

decidido que trabajará sin descanso para que el Congreso, que ya se había formado, declare la independencia absoluta.

Pronuncia Bolívar sus primeros discursos en dicha Sociedad. Algunos patriotas piden serenidad y calma. Contesta el joven revolucionario:

“Unirnos para reposar, para dormirnos en los brazos de la apatía, ayer fué una mengua, hoy es una traición”.

“Se discute en el Congreso Nacional lo que ya debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres?”

“Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¿Trescientos años de calma no bastan?”

El Congreso decide proclamar por fin la independencia, después de muy acaloradas discusiones, el 5 de julio de 1811.

\* \* \*

Jueves Santo fué el 19 de abril de 1810, cuando se estableció la primera Junta. Jueves Santo será el 26 de marzo de 1812, fecha en que un espantoso terremoto sacude el territorio venezolano y deja en ruinas la ciudad de Caracas. Aprovechan la tragedia y el pánico del pueblo algunos religiosos, quienes en sus amonestaciones inculpan a los revolucionarios por aquel “castigo del cielo”.

En medio de los escombros, de los muertos y de los heridos, se empieza a destacar la vida heroica del futuro Libertador, con esta frase: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

Sobre esta terrible catástrofe escribe Gil Fortoul en su “Historia Constitucional de Venezuela”: “A las cua-

tro y siete minutos de la tarde, apiñada la multitud en los templos con motivo de las festividades religiosas del Jueves Santo, tiembla la tierra, y muchas ciudades principales —Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto, El Tocuyo, Mérida— por poco desaparecen bajo las ruinas. En Caracas se caen o desploman las iglesias de La Pastora, Alta Gracia, San Mauricio, La Merced, Santo Domingo y la Trinidad. En esas iglesias mueren hasta 4,000 personas, y en toda la ciudad cerca de 10,000, sin contar las gravemente heridas que sucumben después.

“Por varios días enciéndense hogueras para quemar los cadáveres. Corren por todas partes las gentes poseídas de espanto; las unas, en procesión, entonan cantos fúnebres; las otras, enloquecidas, se confiesan en alta voz en medio de las calles”. Y ratifica el historiador Gil Fortoul la actitud del clero, afirmando:

“El clero atribuyó en seguida el terremoto a la ira del cielo contra los patriotas. Hubo frailes que predicasen a la muchedumbre aterrorizada, que aquello era “el azote de un Dios irritado contra los novadores que habían desconocido al más virtuoso de los monarcas, Fernando VII, el ungido del Señor”.

\* \* \*

El capitán de fragata don Domingo Monteverde, jefe realista español, favorecido por el desconcierto y la desmoralización que produjo el terremoto, lanza su ofensiva contra las provincias sublevadas. Los independientes nombran a Miranda dictador, con el título de Generalísimo. Monteverde se apodera de Valencia, mientras Bolívar con el grado de coronel que le ha expedido Miranda, pierde Puerto Cabello, traicionado por Fernández Vinoni.

Siguen avanzando los realistas, marchan sobre Caracas y sobreviene la inesperada capitulación de Miranda en San Mateo. El jefe español ha dado promesa al Generalísimo venezolano, de que nadie sería juzgado ni tomado prisionero, y que obtendrían pasaporte los que quisieran embarcarse al exterior.

Si nadie será juzgado ni tomado prisionero; si se van a respetar los términos de la capitulación, ¿qué prisa tiene Miranda para disponerse a salir del país? Si, por el contrario, el ilustre militar venezolano que tanto ha batallado por la independencia de América, teme que el jefe español falte a lo convenido, ¿cómo deja abandonados a millares de sus compatriotas, expuestos a la venganza sin cuartel de los realistas?

Estas interrogaciones, y el hecho de que tal vez los patriotas hubieran podido enfrentarse con ventaja a las fuerzas de Monteverde, explican el lamentable y penoso incidente de la Guaira, en la madrugada del 30 al 31 de julio de 1812. Exasperados Bolívar y otros jóvenes oficiales por lo que juzgan una deslealtad de Miranda, en esos días de desolación y de tragedia, resuelven alcanzarlo en el puerto y reducirlo a prisión.

No es difícil comprender y justificar, por otra parte, el desfallecimiento del Generalísimo Miranda, acostumbrado a manejar ejércitos disciplinados en Europa y Norteamérica. En su patria ha venido a encontrarse con gentes desorbitadas, soberbias, hostiles a la obediencia, intrigantes y "bochincheras", según su propia expresión. Muchos criollos, por añadidura, desconfían de él, lo consideran afrancesado y jacobino, y aun lo ultrajan con decirle que está al servicio de Inglaterra.

Las clases analfabetas de los "pardos", entretanto, no saben por qué ni para qué pelean. Regimientos enteros se pasan al enemigo. Multitudes de esclavos negros y mulatos, al grito de Fernando VII, encabezados por el

clero y por los españoles fernandinos se sublevan, se amotinan, degüellan y cometen otras muchas depredaciones en Oriente y en la costa. Sufre así Miranda varias derrotas y firma inevitablemente la capitulación.

*Prisión de Miranda e incidente de Bolívar  
con Monteverde*

TENEMOS pues al infatigable y glorioso precursor de la independencia americana, don Francisco de Miranda, preso en la Guaira, en vísperas de embarcarse para el exterior. Casi al mismo tiempo recibe órdenes el coronel Las Casas, comandante militar del puerto, firmadas por Monteverde, para que no deje escapar a ninguno de los patriotas y los tome prisioneros. Los jóvenes oficiales que se habían apoderado de Miranda no tienen noticia de la perfidia del jefe realista, sino cuando a ellos mismos se les persigue y se les encarcela. Bolívar escapa milagrosamente. Protegido por el hidalgo español don Francisco Iturbe, viejo amigo de su familia, permanece oculto varias semanas en Caracas.

Para entonces ya Miranda ha sido enviado a Puerto Cabello, se le traslada después a Puerto Rico y por último a España, en donde muere el 14 de julio de 1816, cargado de cadenas, en el Castillo de las Siete Torres del arsenal de la Carraca.

Al futuro Libertador, amargado por la responsabilidad que pudiera haberle en el incidente de la Guaira y en su descalabro de Puerto Cabello, trata de conseguirle pasaporte el señor Iturbe, quien dice a Monteverde: "Si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya". El representante de la monarquía española concede al fin el pasaporte, tomando en cuenta la posición

de Bolívar, sus relaciones en Madrid y "el servicio que ha hecho al Rey con la prisión de Miranda".

Está Bolívar a merced del arrogante militar español, quien acaba de lanzarle al rostro una tremenda acusación. Es aquel un momento dramático y definitivo, que el valeroso criollo caraqueño resuelve rápidamente, con una protesta que puede costarle también la prisión con grillos y cadenas:

"No he procedido contra Miranda para servir al Rey, sino por la libertad y por la independencia de mi patria". Interviene de nuevo Iturbe ante Monteverde:

"No haga usted caso de ese calavera: concédale el pasaporte y que se vaya".

"¡Que se vaya!" —decide Monteverde, entre indignado y confuso—, sin sospechar que se le escapa de las manos la presa mayor que pudo hacer la metrópoli en tierras sudamericanas. Sobre este asunto escribirá después a la Regencia, refiriéndose a los "monstruos" remitidos a diversas cárceles de la Península:

"Sin embargo, he tenido que tomar en consideración los servicios que debemos a Casas, Peña y Bolívar. Ha sido necesario respetar sus personas. Pero no autoricé pasaportes para el extranjero más que al último, por estimar que su influencia y sus relaciones podrían ser peligrosas en la presente situación".

\* \* \*

A fines de agosto desembarca nuestro personaje en Curazao, sintiendo por primera vez las amarguras de la expatriación. El dinero que llevaba consigo le fué decomisado por las autoridades españolas. "Resulta que yo me hallo sin medio alguno para alimentar mi vida", escribe al señor Iturbe, rogándole la situación de fondos por

cualquier medio y con las mayores precauciones posibles. A continuación agrega: "Sin tener nada que hacer con Miranda ni con el antiguo Gobierno, yo pago sus deudas y hasta sus créditos".

En carta posterior pedirá a su noble amigo peninsular que cuide la herencia de su hermano Juan Vicente, fallecido en un naufragio: "Yo sé muy bien que usted hará por mis bienes lo que ha hecho por mi persona". Pero juzga necesario explicar a renglón seguido:

"Me hallo armado de constancia y, veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. ¿Qué importa tener o no tener cosas superfluas? Lo necesario nunca falta para alimentar la vida"... "Amigo Iturbe: usted cuenta con la amistad reconocida de Bolívar. Cuente usted que una época trae otra; y que los beneficios que se hacen hoy, se reciben mañana, porque Dios premia la virtud en este mundo mismo".

¡Años más tarde, con el triunfo de las armas republicanas, pudo demostrar el Libertador su gratitud a tan excelente amigo —como a don Simón Rodríguez y a la negra Hipólita— salvándole de dificultades y de persecuciones injustificadas! "Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar —escribió Bolívar al Presidente del Congreso—, yo ofrezco los míos, como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso Soberano quiere hacerle gracia, soy yo el agraciado, son mis bienes los que la reciben".

*El futuro Libertador escribe su primer  
manifiesto en el exilio*

**T**RES meses permanecerá el entonces coronel en Curazao. Aprovecha el tiempo en pláticas con otros expatriados; en meditaciones sobre la situación de Ve-



nezuela y del resto del Continente; en la forma más eficaz de renovar la lucha.

Comienza por esos días a redactar su primer Manifiesto, en el que expone con clarividencia las causas del fracaso sufrido por los patriotas venezolanos. En ese documento formula el plan de libertar a su patria entrando por Nueva Granada, a cuyos habitantes les hace ver cómo es indispensable la reconquista de Caracas, por el propio interés y conveniencia de Cundinamarca, amenazada de caer de nuevo en manos de los españoles. ¡Y por la libertad de la América entera!

Dirá sobre este punto concreto, después de referirse a la situación y actitud probable de varios países europeos: "... porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional. La España tiene gran número de generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder".

Explicará luego su temor de que, "al expirar la Península, haya una emigración de hombres de todas clases, particularmente cardenales, arzobispos, canónigos y clérigos, capaces de envolver al nuevo mundo en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y cuantos prejuicios puedan obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones".

No olvida Bolívar, al escribir en esta forma, la responsabilidad del clero en los sucesos desgraciados de su patria, no obstante su amplitud religiosa y aun la alianza que 16 años más tarde —al fracasar su tesis del cuarto

poder o poder moral—, impulsó en la Gran Colombia con las autoridades eclesiásticas. En frases anteriores del Manifiesto había exclamado, recordando el terremoto del 26 de marzo:

“La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de las ciudades subalternas, y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil”.

Bolívar, sin embargo, expresa su optimismo y su fe absoluta en la fácil victoria que, a través y con el auxilio de Nueva Granada, obtendrán los independientes: “Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela, se nos agregan millares de valerosos patriotas que suspiran por vernos aparecer, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros, en defensa de la libertad”.

RAPIDAS ACCIONES DE ARMAS Y POPULARIDAD  
INCONTRASTABLE DE MORELOS

**E**L cura de Churumuco y de Carácuaro se ha transformado en el genio de la guerra. Le faltan armas, y se las toma al enemigo. Millares de hombres le acompañan cuando avanza hacia El Veladero, aunque no todos armados con fusil. Compañías enteras de milicias provinciales se adhieren a la causa de la independencia.

Suyas son las plazas de Petatlán, Tecpan, Tixtla, Chilapa, Chilpancingo, Coyuca, Tlapa, Chautla, Tasco, Izúcar, Tecualoya, Tenancingo y otros puntos del territorio mexicano.

El glorioso cura de Jantetelco, don Mariano Matamoros; los hermanos Bravo y su padre don Leonardo; el "león de Tecpan", don Hermenegildo Galeana; don Vicente Guerrero, un grupo extraordinario de héroes y de patriotas, ha formado desde noviembre de 1810 el Estado Mayor del caudillo.

Con ellos triunfa la causa independiente en 1811, poniendo en graves dificultades a Calleja y a los demás jefes realistas. Con ellos seguirán las victorias en 1812 y gran parte de 1813, hasta que sobrevienen las derrotas de las fuerzas republicanas en Valladolid y Puruarán —el Zapote y lomas de Santa María—, a fines del mismo año y principios de 1814.

*Sitio de Cuautla por los realistas*

A los 15 meses de su entrevista con el Padre Hidalgo, ya tiene Morelos bajo su dominio grandes extensiones de la Nueva España. Avanza y toma Cuernavaca. Sin pérdida de tiempo, el 9 de febrero de 1812, se sitúa en Cuautla con 3,000 hombres, como punta de lanza sobre la capital.

Diez días después ordena Calleja el ataque de la plaza con 12,000 soldados, estableciendo el sitio famoso de aquella heroica población, del cual escribiría el propio antimorelista don Lucas Alamán: "Si en el sitio de Cuautla el triunfo tocó a Calleja, la gloria corresponde a Morelos".

Es tal el quebranto de los españoles que durante ese sitio, largo de 72 días —19 de febrero a 2 de mayo de 1812—, y una de las más brillantes hazañas de la guerra de independencia americana; es tan grande su estupefacción, al mismo tiempo, porque allí se canta y se baila "festejando la gloria de la muerte", que el citado mariscal de campo, don Félix María Calleja, tendrá que escribir al Virrey frecuentes informes desolados. Véase la esencia de algunos de ellos:

"Mi salud ha sufrido un ataque vilioso, que ayudado del clima me ha puesto a los umbrales del sepulcro, y que me imposibilita continuar en el mando, del que es indispensable que Vuestra Excelencia se sirva relevarme. Preveo que levantar el sitio de Cuautla es soltar los diques de la insurrección, que cundirá con espantosa celeridad". . . "Hemos dejado pasar dos meses con poco fruto y estamos en el caso de no perder el tiempo en perplexidades. El enemigo continúa haciendo salidas todas las noches. En este estado apurado espero órdenes terminantes de Vuestra Excelencia de lo que se deba ejecutar". (Esta nota lleva por fecha el 11 de abril de 1812.

Se respetan la dicción y la ortografía del mariscal español.)

“El enemigo —escribe otra vez Calleja al Virrey Venegas, el 24 de abril— sigue con el mismo tesón fanático, reparando las ruinas que le causa nuestra artillería, apagando los fuegos, baylando y repicando a cada bomba que les cae”. . . “Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques, en celebración de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracia o rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resurrección temporal y después el paraíso, con el goce de todas las pasiones a los felices musulmanes.”

A fines de ese mismo mes, ya en vísperas de que Morelos ordenara la evacuación de sus fuerzas por falta de municiones, de alimentos y de agua, de nuevo se dirige Calleja al Virrey en esta forma: “Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; por lo que respecta a mi salud se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. Vuestra Excelencia se servirá decirme en contestación qué debo hacer”.

Es entonces cuando propone a Morelos el indulto, encontrándose ambos jefes en situación apuradísima. Responde el gran caudillo al mariscal español: “Otorgo igual gracia a Calleja y a los suyos”.

\* \* \*

En las instrucciones secretas del Virrey al señor Calleja, recogidas en varios textos, se puede adivinar la

angustia del Gobierno colonial, con todas las provincias que separan a México del puerto de Acapulco por un lado, y de Oaxaca y Veracruz por otro, ocupadas o recorridas por las fuerzas de Morelos. Serían innumerables las transcripciones que sobre la capacidad militar del formidable caudillo, y sobre su fuerza popular arrolladora, podrían traerse a colación. Basten unas pocas frases, entresacadas de lo que recoge Teja Zabre en su biografía del Generalísimo.

De don Francisco Bulnes, quien asegura que el Gobierno Virreinal tenía más de 86,000 hombres, organizados militarmente: "Los liberales como Zavala, Mora, Quintana Roo, Mier, Rayón, Guerrero y otros muchos, dan el primer lugar en nuestra lucha de independencia a la figura torva (sic) y verdaderamente imponente de Morelos. Lo formaron militar, gran civil y gran administrador, la guerra y su propio genio. Fué el único que desde su primera campaña tuvo resolución para tomar la ofensiva contra las tropas realistas, y el primero en derrotarlas con fuerzas iguales o inferiores".

Del padre Manuel F. Miguélez, en su libro sobre la "Independencia de México": "Los más famosos cabecillas o guerrilleros españoles, cuyas hazañas llenan los anales de la historia de la guerra napoleónica, parecían haber refundido su espíritu en Morelos para que luchase contra España".

Del Obispo electo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, mismo que el 24 de septiembre de 1810 había fulminado, en Valladolid, tremenda excomunión contra el Padre Hidalgo y contra todos aquellos que le dieran "socorro, auxilio y favor":

"Si Morelos se presenta con dos, tres o cuatro mil hombres, ¿no caerá en su poder Valladolid y con ella toda la provincia, todo el Bajío, y aun tal vez las provincias

mismas que tenemos pacíficas? Este suceso ¿no puede arrastrar consigo la pérdida total del reino? Sí, por cierto. Morelos, que tiene a su disposición toda la masa del pueblo (cuando nosotros no podemos hallar 25 hombres que trabajen en los fosos de la ciudad); Morelos, repito, la pondría en menos de dos meses en tal estado de defensa, que con 2,000 hombres de guarnición resistiría un ejército bien organizado de 10 ó 12,000 infantes." (Carta dirigida al Virrey Calleja —sucesor de Venegas— en septiembre de 1813.)

*Morelos en Tehuacán, Orizaba, Oaxaca y Acapulco*

**D**ESPUES de romper los insurgentes el sitio de Cuautla el 2 de mayo de 1812, toman la ciudad heroica los realistas, "saquean la población, incluso las iglesias, y matan o torturan a los inermes y a los enfermos que no pudieron seguir a Morelos".

El 16 entra triunfalmente en México el mariscal Calleja; pero mientras él, Venegas, los demás funcionarios de la Corona y los criollos fernandinos cantan sus Te Deums y rezan sus Pater Nosters, porque consideran derrotados a los independientes, éstos avanzan con Morelos, Galeana, los Bravo y Matamoros sobre Citlala, Huajápam, San Agustín del Palmar y Puente del Rey, tomando Tehuacán el 10 de agosto.

Allí se hace fuerte el Generalísimo Morelos, con 3,600 hombres, convirtiendo esa ciudad —que es un punto estratégico— en su centro de operaciones, desde el cual se dominan los caminos de Oaxaca, Puebla, Orizaba y Veracruz.

En la hacienda de Yermo ha caído prisionero y se le ha trasladado a la capital, el padre del insurgente don

Nicolás Bravo. Morelos ofrece canjearlo por cerca de 800 españoles tomados en San Agustín, en Puente del Rey y en otras acciones de armas. Como respuesta ejecutan las autoridades virreinales al anciano don Leonardo, el 13 de septiembre de 1812. Morelos ordena fusilar a los realistas que tiene en su poder "como escarmiento", pero don Nicolás Bravo los deja en libertad, "para no disminuir el crédito de la causa de la independencia".

Este acto generoso, digno sin duda de admiración y alabanza, hará fruncir el ceño a Morelos. El sacerdote mexicano, como Bolívar en Trujillo, venciénzose a sí mismo, comprende que para salvar los principios revolucionarios es indispensable establecer la guerra a muerte. La tendrá que aplicar en Acapulco dos años más tarde, de la misma manera que el Libertador, en situación desesperada, ordenó que se cumpliera en el puerto de la Guaira, cuando las terribles hordas de Boves se hacían dueñas del país.

El 29 de octubre ya está Morelos en Orizaba, en donde hace destruir todos los depósitos de tabaco, segura fuente de ingresos que fortalece económicamente al Gobierno virreinal. Y como detalle que pinta su carácter, esta lacónica respuesta para una novia compungida que solicita el indulto de cierto prisionero desertor: "Que escoja otro novio más decente".

Con anterioridad, al recibir una nota del Presidente de la Junta de Zitácuaro, licenciado don Ignacio López Rayón, en la que le informaba que entre las personas de su escolta había un individuo dispuesto a matarlo o entregarlo al Virrey; que ignoraba su nombre, "pero cuyas señas eran ser un hombre grueso y barrigón", Morelos no encontró mejor respuesta que la siguiente, sin darle importancia al peligro que corría: "Aquí no hay más barrigón que yo, no obstante que mis enfermedades me han devastado".



En otra ocasión, cuando el Obispo de Puebla le pide que no siga sublevado contra el Rey, contestará Morelos: "La muerte que presiento cercana, será la única que me obligue a dejar la causa por la que lucho con tanta fe".

Posteriormente, en medio de las dificultades que ha de tener con la Junta de Zitácuaro, expresará su pensamiento en esta forma: "Todos los hombres valen más que yo, pero la causa que defendemos vale más que todos los hombres. La libertad no se puede disfrutar a medias; no puede ser administrada por una Junta, ni concedida por nadie a título de gracia".

Y más adelante, en respuesta al Santo Oficio que le pregunta si tiene hijos, la frase que pone en sus labios el historiador Romero Flores: "Los tengo, alimento y educo, a diferencia de millares de individuos que los ocultan y niegan". Comenta el referido historiador que tal respuesta —con el cadalso a la vista— "fué el reproche más merecido a los clérigos de todas las épocas".

\* \* \*

De Orizaba, al frente de 5,000 hombres, con Galeana y Matamoros como mariscales, sale Morelos para Oaxaca, de la que se posesiona el 25 de noviembre. Pocas semanas permanecerá, sin embargo, en la antigua Antequera: apenas despunta el año de 1813, y ya va el Generalísimo en su larga y penosa marcha sobre la ciudad y puerto de Acapulco, que el 12 de abril cae en su poder.

Los realistas y gran número de habitantes se atrincheran en el castillo-fortaleza de San Diego, que cuenta con el apoyo de varios barcos surtos en la bahía. Otras embarcaciones irán llegando de San Blas con víveres y armamento, prolongándose así el asedio de la plaza hasta el 20 de agosto del mismo año, en que al fin capitulan los españoles. Ese día recibe la fortaleza el alto y fornido

mariscal Galeana, con 80 piezas de artillería y un enorme botín de guerra.

Dice al respecto una información documental, citada por Teja Zabre: "...El 20 de agosto tremoló el pabellón mexicano sobre los muros de San Diego de Acapulco. Su guarnición salió con los honores de la guerra: abrazáronse vencedores y vencidos. Morelos, al ocupar la fortaleza, recibió el bastón de manos del Gobernador español, quien le dijo estas palabras:

—"Señor Excelentísimo: Tengo el honor de poner en manos de Vuestra Excelencia el bastón con que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en mi corazón que para su conquista haya sido necesario derramar tanta sangre.

"Morelos lo recibió con dignidad y le dijo:

—"Por mí no se ha derramado ninguna. —Y brindó en la mesa el caudillo victorioso, diciendo:

—"Viva España; pero España hermana, nunca más dominadora de América."

### *Reunión del Congreso de Chilpancingo*

**D**ESPUES de inspeccionar los más importantes puntos militares del territorio insurgente, dejando toda la región del sur bien resguardada, apréstase el caudillo a poner en ejecución sus planes políticos. Es indispensable organizar un Gobierno nacional fuerte y responsable, que substituya a la débil Junta de Zitácuaro, integrada desde 1811 por los señores Rayón, Verdúzco y Liceaga. Urge también poner coto a frecuentes brotes de anarquía, a rivalidades peligrosas, a discordias y disipaciones. Y opina Morelos, además, que no se debe seguir usando el nombre de Fernando VII en el programa revolucionario.

Sobre el particular ya le había escrito el licenciado Rayón: "Habrá sin duda reflejado Vuestra Excelencia que hemos apellidado en nuestra Junta el nombre de Fernando VII; nosotros ciertamente no lo habríamos hecho, si tropas de los europeos, desertándose, se hayan reunido a las nuestras; y, al mismo tiempo, que algunos de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el Rey, sean los más decididos partidarios que tenemos". no hubiéramos advertido que nos surte el mejor efecto: con esta política hemos conseguido que muchas de las "Nuestros planes, en efecto, son de independenciamiento, pero creemos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene a ser un ente de razón. Nos parece superfluo hacer a Vuestra Excelencia más reflexiones sobre lo que tanto habrá meditado".

Respuesta de Morelos: "No es razón engañar a las gentes haciéndose una cosa y siendo otra; es decir, pelear por la independenciamiento y suponer que se hace por Fernando VII". En varias notas y conversaciones sostendrá con firmeza este punto de vista, y algunos otros de sus conceptos políticos, recopilados en las siguientes frases por don Andrés Quintana Roo:

"Soy siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo; que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay privilegios ni abolengos, porque no es racional, ni humano, ni debido, que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del más rico hacendado; que todo el que se queje con justicia, tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el

fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para nuestros hijos, que tengan una fe, una causa y una bandera, bajo la cual todos juremos morir, antes que verla oprimida, como lo está ahora; y que cuando ya sea libre, estemos listos para defenderla."

\* \* \*

Con estas ideas reúne Morelos el Congreso de Chilpancingo, cuyas sesiones se inauguran el 14 de septiembre de 1813. En fecha tan memorable pronuncia un hondo y bellissimo discurso, y lee su secretario el conocido mensaje "Sentimientos de la Nación". Siete semanas después, el 6 de noviembre, suscriben los diputados el decreto de independencia, declarando solemnemente que México ha recobrado el ejercicio pleno de su soberanía; "y que en tal concepto queda rota y disuelta para siempre jamás la dependencia del trono español".

Confían los asambleístas el Poder Ejecutivo a Morelos, le ratifican el grado de Generalísimo y le otorgan el tratamiento de Alteza Serenísima, que rechaza el prócer, por considerar más honroso el que tiene ya escogido: Siervo de la Nación.

Expedida el Acta de independencia, Morelos asume sin demora sus funciones militares, con el propósito de establecer en Valladolid la sede del Gobierno. El Congreso, entretanto, sigue reunido, hostigado siempre por los realistas, muchas veces ambulante, hasta elaborar y dar forma a la Constitución en Apatzingán, el 22 de octubre de 1814.

Pero el infortunio habrá de perseguir al Generalísimo, cuando apenas comienza su nueva y última campaña. Los siete meses que perdió desde la salida de Oaxaca hasta la rendición de los españoles en Acapulco, y los dos meses y medio que ha necesitado para la organización y

buena marcha del Congreso de Chilpancingo, permiten al Gobierno virreinal rehacerse, reunir nuevas tropas, dominar territorios que ya estaban en poder de los revolucionarios.

De allí arrancan sus primeras derrotas importantes; la desmoralización de sus soldados; las intrigas cada vez mayores de los congresistas; lo que ya se dijo del desastre de Valladolid y Puruarán; su caída en poder de las fuerzas del teniente coronel don Manuel de la Concha, el 5 de noviembre de 1815, aprehendido el prócer en las lomas de Tezmelaca por el obscuro capitán Matías Carranco; su degradación eclesiástica y el fusilamiento inevitable, en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de ese año trágico, culminación de las desventuras iniciadas en 1814.

Tales desventuras, no sólo en México sino en todas las demás colonias sublevadas de América, son un lógico reflejo de la situación de España, otra vez bajo el feroz absolutismo de Fernando VII, que anima y fortalece a sus lugartenientes de ultramar.

TRIUNFOS, DERROTAS Y APOGEO DE BOLÍVAR  
EN LOS CAMPOS DE BATALLA

**A** fines de noviembre de 1812 se dirige Bolívar a Cartagena, en donde imprime y hace distribuir lo que había escrito en Curazao, fechándolo el 15 de diciembre. Cuenta con la simpatía del Presidente de esa región neogranadina, por desgracia en pugna con el Gobierno de Bogotá. Y al cabo de algunas semanas obtiene su licencia y los primeros auxilios para preparar aquella temeraria expedición —la campaña admirable de 1813—, desde las orillas del Magdalena hasta las llanuras venezolanas, pasando por sobre las altas cumbres de los Andes.

Con 500 hombres y un grupo de brillantes oficiales: Rafael Urdaneta, Antonio Ricaurte, Manuel Atanasio Girardot, José Félix Ribas, ya tienen los republicanos a Ocaña en su poder. Siguen avanzando por las estribaciones de la cordillera, a lomo de mula los cañones, ganando los altos páramos, defendiéndose del frío y de la nieve con sus fogatas, que pueden atraer al enemigo. Bolívar está impaciente por recorrer, a paso de vencedor, los valles occidentales de Venezuela. Cerca de Cúcuta, mientras tanto, derrota a un poderoso contingente de fuerzas realistas, cuyas armas y comestibles servirán a los revolucionarios.

De pueblo en pueblo, de boca en boca, corre la fama del Libertador, como aliento y esperanza de los venezo-

lanos oprimidos. Pero de Nueva Granada lo hacen esperar. No se ponen de acuerdo los dos gobiernos rivales para que aquel "extranjero", aquel inexperto criollo caraqueño, pase la frontera y ponga en práctica su "presuntuosa temeridad". Así opinan ciertos militares bogotanos, a pesar de que el Presidente de Cartagena le ha conferido la ciudadanía y lo ha nombrado general de brigada.

Bolívar se dirige con insistencia a los dos gobiernos: "La suerte de la Nueva Granada —les escribe— está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también"... "El cuerpo nacional que representa la soberanía del pueblo granadino, no podrá ver con frialdad el deshonor y el infortunio de los habitantes de la Costa Firme"... "La esclavitud es una gangrena que empieza por una parte, y si no se corta se comunica al todo".

Las noticias de Caracas son cada vez más graves. Nadie está seguro bajo la sanguinaria tiranía de Monteverde. Sus chacales galonados: Cerveris, Antoñanza y Zuazola, que tratan de abatir y aterrorizar a los patriotas de Oriente, bajo el mando del general Santiago Mariño, toman increíbles represalias. "Aniquilar por parejo a todos los americanos; destruir sus bienes sin distinción". Esas son las instrucciones precisas de Zuazola.

"Hombres y mujeres, ancianos y niños —de acuerdo con el historiador Baralt, siempre sereno y mesurado— deben desorejarse o desollarse vivos. A unos se les mutila de uno o dos miembros, o de las facciones del rostro, haciendo mofa de sus gritos y de su fealdad. A otros se les manda coser espalda con espalda."

\* \* \*

Llega por fin la licencia, gracias al empeño que toma

en conseguirla el excelso patricio don Camilo Torres, Presidente del Congreso, sacrificado tres años más tarde por el general español Pablo Morillo, quien hizo también ejecutar al eminente sabio-mártir colombiano, don Francisco José de Caldas. El permiso, sin embargo, es condicional: Bolívar "tendrá que reconocerse bajo la dependencia de Nueva Granada".

Acepta Bolívar las condiciones que se le quieran imponer, incluso traspasar el mando a jefes militares de Cundinamarca. Lo urgente es avanzar sobre Venezuela, libertar a su pueblo, demostrar que estaba en lo cierto cuando afirmó, en el Manifiesto de Cartagena, que se agregarían al movimiento "millares de valerosos patriotas, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad".

Es el mes de mayo de 1813. Se han perdido largas semanas, pero ya va el Libertador en ciernes sobre la plaza de Mérida, que el 10. de junio abandonan los realistas. Sigue su carrera triunfal, con sus hombres y los que se van agregando en el camino, y el 15 de ese mismo mes ya está Bolívar en Trujillo. Se le confirman allí los crímenes y las depredaciones cometidas por los jefes españoles. Dicta entonces —venciéndose a sí mismo como en el caso de Morelos— su histórico decreto de la guerra a muerte:

"Los españoles nos han aniquilado con la rapiña y destruído con la muerte; han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; han cometido, en fin, todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación"... "Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida aun cuando seáis culpables".

Nótese que Bolívar no estaba contra los españoles,



por el simple hecho de ser españoles. "Si no obráis activamente en defensa de la libertad de Venezuela", les decía. No era cuestión de raza —de una raza a la cual él mismo pertenece— sino de ideales y de justicia. ¡Independencia de la nación y libertad del ser humano!

*Contesta Bolívar a las "almas sensibles", que no se duelen de las víctimas sino de los verdugos*

**A** propósito de la guerra a muerte recibirá Bolívar una carta del Gobernador y Capitán General de Curazao, a la que contesta el Libertador, desde su cuartel general de Valencia, el 2 de octubre de 1813. En tan importante documento hace Bolívar una narración histórica desde la época de la conquista, hasta llegar a los crímenes, la crueldad y la rabiosa saña de los realistas contra los insurgentes. He aquí tres o cuatro párrafos esenciales:

"Puede Vuestra Excelencia ver un débil bosquejo de los actos feroces en que más se regalaba la crueldad española en la "Gaceta" número 4. El degüello general, ejecutado rigurosamente en la pacífica villa de Aragua por el más brutal de los mortales, el detestable Zuazola, es uno de aquellos delirios o frenesíes sanguinarios, que sólo una o dos veces han degradado a la humanidad: hombres y mujeres, ancianos y niños, desorejados, desollados vivos, y luego arrojados a lagos venenosos, o asesinados por medios dolorosos y lentos; la naturaleza, atacada en su inocente origen, y el feto, aún no nacido, destruído en el vientre de las madres a bayonetazos o golpes.

"En San Juan de los Morros, pueblo sencillo y agricultor, habían ofrecido espectáculos igualmente agradables a los españoles el bárbaro Antoñanzas y el sanguinario Boves. Aún se ven en aquellos campos infelices los cadáveres suspensos en los árboles. El genio del cri-

men parece tener allí su imperio de muerte, y nadie puede acercarse a él, sin sentir los furores de una implacable venganza.

“No ha sido Venezuela sola el teatro funesto de estas carnicerías horrorosas. La opulenta México, Buenos Aires, el Perú y la desventurada Quito, casi son comparables a unos vastos cementerios, donde el gobierno español amontona los huesos que ha dividido su hacha homicida.

“¡Cuántos ancianos respetables, cuántos sacerdotes venerables, se vieron uncidos a cepos y otras infames prisiones, confundidos con hombres groseros y criminales, y expuestos al escarnio de la soldadesca brutal y de los hombres más viles de todas las clases! ¡Cuántos expiraron, agobiados bajo el peso de cadenas insoportables, privados de la respiración o extenuados del hambre y las miserias! Al tiempo que se publicaba la Constitución española, como el escudo de la libertad civil, se arrastraban centenares de víctimas cargadas de grillos y de ligaduras crueles a subterráneos inmundos y mortíferos, sin establecer las causas de aquel procedimiento, sin saber aún el origen y opiniones políticas del desgraciado.”

Y aprovecha la oportunidad Bolívar para decirle al Gobernador británico, cómo “las almas sensibles” —cosa semejante ocurre en la época contemporánea— no se duelen de los pueblos victimados y solamente interceden por sus verdugos. Léase la frase completa:

“Vea ahí Vuestra Excelencia el cuadro, no exagerado, pero inaudito, de la tiranía española en la América; cuadro que excita a un tiempo la indignación contra los verdugos y la más justa y viva sensibilidad para las víctimas. Sin embargo, no se vió entonces a las almas sensibles interceder por la humanidad atormentada, ni reclamar el cumplimiento de un pacto que interesaba al universo.

“Vuestra Excelencia interpone ahora su respetable mediación por los monstruos feroces, autores de tantas maldades. Vuestra Excelencia debe creerme: cuando las tropas de la Nueva Granada salieron a mis órdenes a vengar la naturaleza y la sociedad, altamente ofendidas, ni las instrucciones de aquel benéfico Gobierno, ni mis designios eran ejercer el derecho de represalias sobre los españoles, que, bajo el título de insurgentes, llevaban a todos los americanos dignos de este nombre, a suplicios infames o a torturas mucho más infames y crueles aún. Mas viendo a éstos tigres burlar nuestra noble clemencia, y asegurados de la impunidad, continuar, aun vencidos, la misma sanguinaria fiereza; entonces, por llenar la santa misión confiada a mi responsabilidad, por salvar la vida amenazada de mis compatriotas, hice esfuerzos sobre mi natural sensibilidad, para inmolar los sentimientos de una perniciosa clemencia a la salud de la patria.”

\* \* \*

De victoria en victoria —Niquitao, que ganan Ribas y Urdaneta; Los Horcones, Taguanes, Valencia—, entra triunfalmente Bolívar en Caracas el 7 de agosto. Lanza un manifiesto a la ciudadanía, asume la responsabilidad del Gobierno y se dirige al Congreso de la Nueva Granada, dándole cuenta de haber cumplido su misión después de tres meses de campaña.

Pero Monteverde se ha parapetado en Puerto Cabello, en tanto que el terrible y sanguinario José Tomás Boves, con su lugarteniente Francisco Tomás Morales, se aprestan a la lucha contra los patriotas. Cuenta Boves con los diestros llaneros venezolanos, valerosos y desenfrenados, y cae con ellos sobre diversas poblaciones de los independientes.

El 14 de octubre, en el Templo de San Francisco, el Cabildo de Caracas y las autoridades civiles dan oficialmente a Bolívar el título de Libertador de la República, y le otorgan el grado de Capitán General. En esa misma fecha derrota Campo Elías a Boves en Mosquiteros. ¡Dos semanas antes, envuelto en el pabellón tricolor, había caído en la cumbre de Bárbula el inmortal granadino Girardot, cuando ya las fuerzas de Monteverde se daban a la fuga!

Rivalidades de algunos jefes militares, quienes proclaman al general Santiago Mariño como autoridad suprema en las provincias orientales, debilitan a los patriotas. Tan lamentable discordia hará que pierdan y ganen sangrientas batallas en lo que falta de 1813, debiendo destacarse la gran victoria de Araure contra Boves, bajo la dirección personal de Bolívar.

### *1814, año fatal para la independencia americana*

1814 es el año terrible para la causa de la libertad. Con 5,000 jinetes y 3,000 fusileros Boves se rehace, y continúan las ofensivas sus segundos jefes, Morales y Rosete. Batallas de La Puerta y La Victoria. Desolación en Ocumare. Se retiran, pero no cejan: vuelven a la carga los realistas. ¡Boves con sus feroces llaneros, Boves hecho una fiera indómita, al frente de sus hordas contra San Mateo, el 27 y el 28 de febrero! Lo rechaza Bolívar, lamentando la pérdida del indomable Campo Elías.

Repuesto de sus heridas, ¡otra vez Boves contra San Mateo, el 20 de marzo! ¡Sacrificio heroico de Ricaurte, quien vuela el arsenal y con su vida da el triunfo a los patriotas! Boves, sin embargo, rodea la finca. Gracias a que al fin presta su concurso Mariño, con los generales Anzoátegui, Bermúdez y Montilla, triunfan los republi-

canos en Bocachica. En marcha forzada persigue la caballería de Bolívar a la de Boves, que sólo al retirarse pierde más de 2,000 llaneros. En esa forma el Libertador salva a Valencia, sitiada por los realistas y defendida hasta la desesperación por Urdaneta.

Seguirán el primer Carabobo y la segundan batalla de La Puerta, el 28 de mayo y el 15 de junio, en donde Boves, otra vez victorioso, otra vez invencible, bate a los patriotas y empecinado marcha de nuevo sobre Valencia. Entran los llaneros en la plaza el 17 de junio, pasan a cuchillo a la indefensa población y avanzan velozmente hacia Caracas.

Bolívar, sin medios de enfrentarse al pánico y a la desmoralización de poblaciones enteras asediadas, se retira de la capital para el Oriente. Lo siguen millares de habitantes aterrorizados, muchos de los cuales mueren en el camino. Boves entra en la ciudad el 16 de julio, haciendo una matanza que el historiador Baralt calcula en 5,000 personas.

Habrán de seguir combatiendo en Oriente Bermúdez, Ribas, Piar, José Tadeo Monagas y otros jefes republicanos. Los dos primeros, lo mismo que a Mariño, desconocen al Libertador. ¡Casi dos años adelante será otra vez desconocido, cuando fracase con la primera expedición de Haití, financiada y apoyada por el gran Presidente de color, el negro maravilloso y olvidado, Alejandro Sabés Pétion!

Nuevas victorias de Boves en Salado, en Magueyes y en Urica. En esta última acción, librada el 5 de diciembre, rendirá la vida aquel contrabandista español, aliado de los "pardos" contra los criollos; aquel hombre terriblemente cruel y sanguinario, para bien de la causa americana; pero su segundo, Francisco Tomás Morales, asume el mando de los realistas —¡llaneros venezolanos defendiendo al Rey!—, y persigue sin tregua a los patrio-

tas hasta Maturín, en donde se dispersan completamente derrotados. ¡Días después la Iglesia rinde a Boves honras fúnebres solemnes, mientras los realistas pasean en jaula la cabeza, con gorro frigio, del valeroso Ribas!

Bolívar y algunos de los suyos han logrado embarcarse a las Antillas, finalizando ese año pavoroso con el dominio completo de Venezuela por los españoles. Período de tal manera trágico para un pueblo, y los años siguientes de guerra hasta consumir la independencia americana en Ayacucho, costarán a Venezuela más de la tercera parte de su población. 900,000 habitantes tenía el país al establecerse la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII. No llegan a 600,000 en 1825.

\* \* \*

1815 y 1816 serán también, bajo el absolutismo de Fernando VII, que se refleja de un confín a otro de la América, años de grandes luchas y quebrantos para las colonias sublevadas contra el viejo imperio español. A Venezuela llega el general Pablo Morillo, con una expedición de 15,000 hombres en 65 buques. Quebrantarán la resistencia de un país vencido y a la sazón tres veces diezmado.

Bolívar, entretanto, ha pasado por segunda vez a Nueva Granada, en donde rinde un informe de su actuación al Congreso. Este se halla reunido esos días en Tunja, rotas sus relaciones con el Gobierno de Santa Fe. El Libertador apoya a los congresistas y con su autorización ataca y toma Bogotá, conquistando el título de Capitán General.

Pero lo que preocupa al venezolano es obtener auxilios, como en 1813, para libertar de nuevo a su patria. Las divisiones, empero, la incomprensión y las rencillas son tan hondas, que Bolívar se da cuenta del peligro que

corre Nueva Granada. Acude a Cartagena con ánimo de cohesionar a los patriotas, amagados por Morillo, quien ya prepara un sitio que durará tres meses. Fracasados sus esfuerzos se dirige Bolívar a Jamaica, dispuesto a dar a conocer al mundo la realidad de América. Así lo hace en su famosa carta a un caballero inglés, fechada en Kingston el 6 de septiembre de 1815.

De Jamaica pasa el Libertador a Puerto Príncipe, en donde el ya citado Presidente Alejandro Pétion le presta al venezolano su más desinteresado y decidido apoyo. Unica condición de aquel egregio gobernante: la libertad de los esclavos, que decreta Bolívar el 6 de julio de 1816 en Ocumare. Lo acompañan entonces los generales Mariño, Soublette, Briceño, Piar y otros jóvenes veteranos de diversas campañas.

Ya vimos que después del fracaso de esta expedición, hoy como ayer Bermúdez, al que se agrega Mariño, desconocen al Libertador. Piar, a su vez, en sangrientas jornadas posteriores, tratará de amotinar al ejército contra Bolívar, siendo indispensable someterlo a consejo de guerra y fusilarlo, el 16 de octubre de 1817. ¡Se opondrán también al grande hombre, consumada ya la independencia, patriotas de tanto valor y mérito como Córdova, Páez y Santander!

*De 1817 en adelante comienza la epopeya del Libertador*

**L**LEGA Bolívar derrotado a Puerto Príncipe, en agosto de 1816, y otra vez encuentra que lo amparan el auxilio y la nobleza del Presidente Pétion. Termina ya ese año, poco favorable a la causa autonomista; pero amanece el 17 y seguirá el 18, con las victorias rotundas de Guayana; con los hechos heroicos de José Antonio Páez en el Apure, seguido ahora por los indomables lla-

neros venezolanos; con las inesperadas derrotas de Morillo y los demás jefes realistas; con la lealtad insobornable de Antonio José de Sucre.

Inicia entonces Bolívar los preparativos para el Congreso de Angostura, que al fin se instala el 15 de febrero de 1819, bajo la presidencia del sabio letrado granadino, diputado por Casanare, don Francisco Antonio Zea.

Se hizo antes referencia al decreto del 6 de julio de 1816, en que Bolívar abolió la esclavitud: "...De aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres: todos serán ciudadanos".

El 23 de mayo anterior había dicho a sus compatriotas, desde la isla de Margarita: "...No habrá más esclavos en Venezuela que los que quieran serlo".

Ahora ha de recomendar también al Congreso de Angostura: "...Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o el rechazo de todos mis estatutos o decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".

\* \* \*

Mientras en la cuenca y el calor de Orinoco discuten los congresistas, quienes apenas se atreverán a prohibir el tráfico de esclavos, "esperando que más adelante se les capacite para que puedan vivir la libertad"; y mientras Páez, sus lugartenientes y sus bravos centauros continúan enfrentándose a los españoles, Bolívar decide resignar la suprema magistratura en el Vicepresidente Zea y emprender su marcha victoriosa, desde los llanos del Apure, hasta el otro lado de la cordillera.

Avido está por escalar los picos de los Andes, como en 1813, y por acometer la empresa de atravesarlos en sentido inverso: de Venezuela a Nueva Granada. Juzga



indispensable ratificar de hecho, para fortalecerse mutuamente, la independencia que proclamó Cundinamarca el 20 de julio de 1810. Desea pagar la deuda contraída con Santa Fe y con Cartagena, devolviéndoles su libertad.

2,100 soldados lo acompañan cuando sale de Mantecal el 26 de mayo de 1819. En Casanare se le agregan 1,200, a las órdenes de Santander; el 22 de junio llegan los guerreros al pie de los Andes imponentes; el 2 de julio atraviesan el páramo de Pisba, bajo lluvias torrenciales.

Muchos de aquellos héroes, hombres del trópico y de la llanura, van quedando en las nevadas cumbres; pero el 6 ya están los supervivientes en la provincia de Tunja. El 25, después de varias acciones menores, han derrotado a los realistas en Pantano de Vargas. ¡Y el 7 de agosto de 1819, la gran victoria de Boyacá!

Vencidas las fuerzas del comandante español Barreiro, se fuga el Virrey Sámano de la capital neogranadina, en la que entra triunfalmente Bolívar el 11 de ese mismo mes. Los realistas están completamente desmoralizados, seguros de que Boyacá sería la piedra angular de la independencia americana. Así lo hace ver el propio general Morillo, en frase como ésta para el Rey de España:

“El éxito fatal de Boyacá ha puesto a disposición de Bolívar todo el Reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias”.

Otras líneas elocuentes de Morillo, dirigidas el 12 de septiembre de 1819 al Ministro de la Guerra: “Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates”. ¡Cosas semejantes decía Calleja, asediado por Morelos!

Comienza así la etapa más brillante de Bolívar. La

serie de hazañas que cantan los poetas, y convierten los escultores en mármol y en bronce. La grandiosa epopeya que culminará en Pichincha, en Junín y Ayacucho; en Quito, en Lima y en el Cuzco; en la cima del Chimborazo y en la plateada cúspide del Potosí.



Pasiones desatadas en Venezuela; odios y rencillas entre algunos jefes militares; incomprensiones y altercados en el Congreso de Angostura, hacen que Bolívar regrese sin dilación a su país. La presencia del Libertador cohesiona a los espíritus rebeldes, a los "bochincheros" de que habló Miranda, e incluso a los caudillos en potencia que deseaban por tercera o cuarta vez desconocerlo.

A poco de encontrarse en la sede provisional de los venezolanos libres, con la fuerza de su magnetismo y de su gloria, logra Bolívar que los congresistas decreten el establecimiento de la Gran Colombia, el 17 de diciembre de 1819. Será necesario, sin embargo, ganar todavía muchas batallas para que el decreto de unión empiece a realizarse.

¡Carabobo con el general Páez a la cabeza, el 24 de junio de 1821! ¡Bomboná y Pichincha, el 7 de abril y el 24 de mayo de 1822! Ahora sí pueden el Congreso de Cúcuta y el pueblo ecuatoriano proclamar la extensa Confederación forjada por Bolívar.

Seguirán después Junín y Ayacucho, el 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, hasta consolidar la independencia del Perú, iniciada por el benemérito general don José de San Martín, gloria de las armas argentinas y chilenas. Y culminará la grandeza del Libertador el 6 de agosto de 1825, con la fundación de Bolivia, me-

diante el voto de la gran asamblea popular convocada por Sucre en Chuquisaca.

Desde el paso de los Andes hasta el 17 de diciembre de 1830, en que baja al sepulcro en San Pedro Alejandrino, Bolívar es el símbolo de la conciencia de América, que se manifiesta en las batallas definitivas arriba mencionadas.

Es un ideario luminoso que da la independencia a cinco pueblos, y pugna por que obtenga su libertad el ser humano.

Es el adalid contra la esclavitud en cualquier parte del mundo, incluso en España y en las Filipinas, que desde el Potosí soñará con libertar de sus cadenas, recordando tal vez a Mina, fusilado en México por defender la libertad, o al valeroso militar don Rafael de Riego, a quien combaten los "cien mil hijos de San Luis" y manda Fernando VII al patíbulo.

Pero es Bolívar, además y sobre todo, una conciencia cósmica que se proyecta hasta nosotros en centenares de cartas y proclamas, así como en cinco documentos esenciales para orientación de la América española: el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, la Invitación para el Congreso de Panamá y la Constitución de Bolivia, extraordinariamente original y avanzada para entonces y para nuestros días.

## VII

### PENSAMIENTO, PROCESO Y EJECUCION DE MORELOS

**P**OR su trascendencia, tanto o más importante que el aspecto militar, ha de interesarnos el sentido profundamente revolucionario de la obra social y política, así de Morelos como de Bolívar. Su pensamiento, que es de actualidad, casi no necesita comentario. Está contenido en los mensajes y en los escritos de ambos próceres. De toda esa literatura parece indispensable transcribir unos cuantos puntos, que sirvan de referencia a las generaciones de hoy. Por orden cronológico se reproducen a continuación, resumiéndolos, algunos documentos substanciales del Generalísimo don José María Morelos y Pavón, a saber:

*Medidas que deberán tomar los Jefes de los  
Ejércitos Americanos*

“**S**EA la primera.—Deben considerarse como enemigos de la Nación y adictos al partido de la tiranía, todos los ricos, nobles y empleados de primer orden, criollos o gachupines, porque todos éstos tienen autorizados sus vicios y pasiones en el sistema y legislación europea, cuyo plan se reduce en substancia a castigar severamente la pobreza y la tontera, que es decir, la falta de talentos y dinero, únicos delitos que conocen los Magistrados y Jueces de estos corrompidos Tribunales.

“Síguese de dicho principio, que la primera diligencia que sin temor de resultas deben practicar los Generales o Comandantes de Divisiones de América, luego que ocupen alguna población grande o pequeña, es informarse de la clase de ricos, nobles y empleados que haya en ella, para despojarlos en el momento de todo el dinero y bienes raíces o muebles que tengan, repartiéndolo la mitad de su producto entre los vecinos pobres de la misma población, para captarse la amistad del mayor número, reservando la otra mitad para fondos de la Caja Militar.

.....  
 .....

“Tercera.—El repartimiento que tocara a los vecinos de dichas poblaciones ha de hacerse con la mayor prudencia, distribuyendo dinero, semillas y ganados con la mayor economía y proporción, de manera que nadie enriquezca en lo particular, y todos queden socorridos en lo general para preñarlos, conciliándose su gratitud.

.....  
 .....

“Quinta.—Deberán derribarse en dichas poblaciones todas las Aduanas, Garitas y demás edificios reales, quemándose los archivos, pues sin esta providencia jamás se logrará establecer un sistema liberal, nuevo, para lo que es necesario introducir el desorden y la confusión entre los Gobernadores, Directores de Rentas, etc., del partido realista”.

\* \* \*

Es natural que estas medidas, sin componendas, sin tácticas ni artificios, “de muy profundas meditaciones y experiencias”, según el propio Morelos, que atacaban directamente el poder económico de las minorías poseedoras, fuesen combatidas por la reacción e incluso por co-

mentaristas extranjeros como Marius André, quien basándose en don Lucas Alamán repitió que las ideas políticas de Morelos "son una monstruosa mezcla de teocracia y comunismo". Alamán había dicho que las tendencias de Morelos eran "comunistas o socialistas".

¡Sería interesante traer a don José María Morelos y Pavón a nuestra América Española de estos días, para oír las acusaciones en contra suya como propagandista de ideas exóticas!

Debe pensarse, en todo caso, que Morelos estaba haciendo o procurando realizar una honda transformación económica en un país que abarcaba en ese tiempo todo Texas, la Alta California, Nuevo México y Arizona; y que bien podía ser, después de China, la India y Rusia, el más grande del mundo, poblado por seis millones de habitantes, de los cuales sólo 60,000 eran peninsulares europeos, dueños junto con el clero de más de tres cuartas partes de la riqueza nacional.

Contra ese 1% estaba dirigida la campaña del caudillo mexicano, con objeto de liberar al 99% de la población. Si por eso le llamaban comunista, es de suponer que en aquella época se apegaban más a la justicia y a la realidad esos comunistas, que el 1% de privilegiados.

*Discurso ante el Congreso de Chilpancingo  
(14 de septiembre de 1813)*

**D**IGNO de la mayor atención es el sereno y bellísimo discurso, leído por el prócer ante el Congreso de Chilpancingo. Léanse algunos párrafos:

"Señor: Nuestros enemigos se han empeñado en manifestarnos hasta el grado de evidencia ciertas verdades importantes que nosotros ignorábamos, pero que procuró ocultarnos el despotismo del Gobierno, bajo cuyo

yugo hemos vivido oprimidos. Tales son: Que la soberanía reside esencialmente en los pueblos; que transmitida a los monarcas, por ausencia, muerte o cautividad de éstos, refluye hacia aquéllos; que los pueblos son libres para reformar sus instituciones políticas siempre que les convenga; y que ningún pueblo tiene derecho para sojuzgar a otro, si no precede una agresión injusta.

“Gracias a Dios que el torrente de indignación que ha corrido por el corazón de los americanos, les ha arrebatado impetuosamente, y todos han volado a defender sus derechos, librándose en las manos de una Providencia bienhechora que da y quita, erige y destruye los imperios según sus designios” . . .

“En el pueblo de Dolores se hizo oír esta voz muy semejante a la del trueno, y propagándose con la rapidez del crepúsculo de la aurora, y del estallido del cañón, he aquí transformada en un momento la presente generación en briosa, impertérrita y comparable con una leona que atruena las selvas, y se lanza contra sus enemigos, los despedaza, los confunde y persigue. No de otro modo, Señor, la América irritada y armada con los fragmentos de sus cadenas opresoras, forma escuadrones, organiza ejércitos, instala tribunales, y lleva por todo el continente sobre sus enemigos, la confusión, el espanto y la muerte”.

“Mas ¡ah!, que la libertad, este dón del cielo, este patrimonio cuya adquisición y conservación no se consigue sino a precio de sangre, y de los más costosos sacrificios, cuya valía está en razón del trabajo que cuesta su recobro, ha cubierto a nuestros hijos, hermanos y amigos, de luto y amargura; porque ¿quién es de nosotros el que no haya sacrificado algunas de las prendas más caras de su corazón? ¿Quién no registra entre el polvo de nuestros campos de batalla el resto venerable de algún amigo, hermano o deudo? ¿Quién el que en la soledad

de la noche no ve su cara imagen, y oye sus acentos lúgubres con que clama por la venganza de sus asesinos?

“¡Manes de las Cruces, Aculco, de Guanajuato y Calderón, de Zitácuaro y Cuautla! ¡Manes de Hidalgo y Allende, que apenas acierto a pronunciar, y que jamás pronunciaré sin respeto, vosotros sois testigos de nuestro llanto! ¡Vosotros que sin duda presidís esta augusta asamblea, recibid al par que nuestras lágrimas, el más solemne voto que a presencia vuestra hacemos en este día de morir o salvar la patria!” . . .

“Por todas partes se nos suscitan enemigos que no se detienen en los medios de hostilizarnos, aun los más reprobados por el derecho de gentes, como consigan nuestra reducción y esclavitud. El veneno, el fuego, el hierro, la perfidia, la cábala, la calumnia; tales son las baterías que nos asestan y que nos hacen la guerra más cruda y ominosa. Pero aún tenemos un enemigo más atroz e implacable, y ese habita en medio de nosotros. . . Las pasiones que despedazan y corroen nuestras entrañas, nos aniquilan interiormente, y se llevan, además, al abismo de la perdición innumerables víctimas”.

“Al 13 de agosto de 1521, sucedió el 14 de septiembre de 1813. En aquél se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México Tenoxtitlán; en éste, se rompen para siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo. ¡Loado sea para siempre el Dios de nuestros padres, y cada momento de nuestra vida sea señalado con un himno de gracias por tamaños beneficios” . . .

“Desaparezca antes el que posponiendo la salvación de la América a un egoísmo vil, se muestre perezoso en servirla y en dar ejemplo de un acrisolado patriotismo. Vamos a restablecer el imperio mexicano, mejorando el gobierno: vamos a ser el espectáculo de las naciones cultas que nos observan: vamos, en fin, a ser libres e independientes” . . .



“Temamos el inexorable juicio de la posteridad que nos espera: temamos a la historia que ha de presentar al mundo el cuadro de nuestras acciones; y así, ajustemos escrupulosamente nuestra conducta a los principios más sanos de religión, de honor y de política. Señor, yo me congratulo con vuestra instalación.—Dije”.

### *Sentimientos de la Nación*

**D**E las 23 sugerencias de Morelos, presentadas en la misma fecha al Congreso de Chilpancingo, y que sirvieron de base para la Constitución de Apatzingán, se destacan las siguientes:

“Que la América es libre e independiente de España y de toda otra Nación, Gobierno o Monarquía, y que así se sancione, dando al mundo las razones.

“Que todos sus sacerdotes se sustenten de todos, y sólo los diezmos y primicias, y el pueblo no tenga que pagar más obvenciones que las de su devoción y ofrenda.

“La Soberanía dimana inmediatamente del Pueblo, el que sólo quiere depositarla en sus representantes, divididos los poderes de ella en Legislativo, Ejecutivo y Judicial, eligiendo las provincias sus Vocales, y éstos a los demás, que deben ser sujetos sabios y de probidad.

“Que los empleos los obtengan sólo los americanos.

“Que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir, y libres de toda sospecha.

“Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.

“Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo

mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro, el vicio y la virtud.

“Que se quite la infinidad de tributos, pechos e imposiciones que más agobien, y se señale a cada individuo un cinco por ciento en sus ganancias.

“Que se solemnice el día 16 de septiembre de todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la independencia y nuestra santa libertad comenzó, pues en ese día se abrieron los labios de la Nación para reclamar sus derechos, recordando siempre el mérito del grande héroe el señor don Miguel Hidalgo, y su compañero don Ignacio Allende”.

\* \* \*

Las más importantes sugerencias del Generalísimo fueron aprobadas por el Congreso e incluidas en la Constitución de 1814, aunque con una “complicada división de poderes y un despotismo parlamentario, inexplicable en aquellos días de lucha, juzgado absurdo por Morelos en vista de que no era posible practicarlo”. Son dificultades semejantes a las de Bolívar, frente a políticos y patriotas más o menos sinceros o más o menos timoratos, sin una visión clara y concreta de la realidad.

Obtuvo Morelos que en el Acta de independencia, dada por los congresistas el 6 de noviembre anterior (1813), así como en la Constitución ya referida, se mantuviera su criterio en contra de usar el nombre de Fernando VII, según vimos que lo hacía la Junta de Zitácuaro. Se dijo también en otras páginas que Morelos reprobó siempre ese emblema, reiterando que Hidalgo lo había hecho desaparecer en Guadalajara, y razonando al respecto que “no es razón engañar a las gentes, haciéndose una cosa y siendo otra”.

Puesto que el 6 de diciembre de 1810 el Padre Hidalgo abolió la esclavitud, por decreto expedido en Guadalajara, Morelos toma especial empeño en que se cumpla esa medida. El 5 de octubre de 1813, con su peculiar estilo, proclama que "debe alejarse de la América la esclavitud y todo lo que a ella huela". Con anterioridad, en su famoso bando a los habitantes de Oaxaca, en vísperas de iniciar su marcha hacia el puerto de Acapulco, había expresado:

"... Que quede abolida la hermosísima jerigonza de Calidades, Indio, Mulato, Mestizo, Tente en el Aire, etc., y sólo se distinga la Regional, nombrándose todos generalmente AMERICANOS.

"Que a consecuencia nadie pague tributos, como uno de los predicados en Santa Libertad.

"Que los naturales de los Pueblos sean dueños de sus tierras.

"A consecuencia de ser libre toda la América no debe haber esclavos; y los amos que los tengan los deben dar por libres, sin exigirles dinero por su libertad, y ninguno en adelante podrá venderse por esclavo, ni persona alguna podrá hacer esta compra".

*Peregrinación del Congreso y caída de Morelos  
en manos de los realistas*

**N**O pudo hacer ni escribir Morelos mucho más de lo que hizo o escribió. Bien corta fué en realidad su carrera militar y política —menos de cinco años— comparada con la de Bolívar, desde 1810 hasta su muerte en 1830. Al aguerrido cura de Carácuaro, por otra parte, después de los desastres de Valladolid y Puruarán, el propio Congreso de Chilpancingo le cortó las alas.

Alguno de sus subalternos infidentes escribió al Vi-

rrey Calleja, haciéndole ver cómo era preferible que Morelos se marchase a bautizar de nuevo en su parroquia. Se le insinuó, por añadidura, que dejara el mando supremo y no usase más el título de Generalísimo. ¡Inútiles las protestas de varones como Quintana Roo, Liceaga, Sánchez Arriola y el doctor Cos!

A las insinuaciones apuntadas no opone Morelos resistencia, ni como buen revolucionario divide tampoco a los republicanos. En calidad de simple soldado seguirá sirviendo a la causa de los independientes, en diversas regiones del sur, que van recuperando las fuerzas del Virrey. ¡Imposible atacar ni pretender hacerlo, en condiciones materiales y morales de tal manera precarias! Asegura Teja Zabre que por esos días le dice Galeana al gran caudillo:

“¡Ah, señor! Aquí me separo; voy a sembrar algodón para comer y pasar mi vida en secreto, olvidado de las gentes... Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debía, para el mando de las armas”. Morelos lo exhorta para que no abandone la magna empresa de luchar hasta lo último por la independencia: “Si después de esto fueren inútiles nuestros esfuerzos —agrega el sacerdote—, yo le acompañaré a usted, Galeana, a trabajar en sus labores del campo”.

\* \* \*

Con 200 hombres de escolta va entretanto el Congreso de un lado a otro, debilitado por la anarquía revolucionaria y perseguido sin cuartel por los realistas. Sesiona como puede y cuando puede, en caseríos o en haciendas, hasta que no queda más remedio que refugiarse en Uruapan y buscar la forma de encontrar acomodo en Tehuacán. Tendrá que ser Morelos, simple miembro del

Poder Ejecutivo, quien dé protección a los legisladores. Larga y peligrosa es la jornada, para la que apenas logra reunir mil hombres y unos cuantos fusiles, el que fué Generalísimo de buena parte del territorio mexicano.

Hay que burlar a Calleja, no presentar combate a Iturbide, caminar de noche a través de ríos y de montañas, esconderse de Concha, Armijo y Villasana, huir de los más destacados fernandinos, deseosos de hincar la sangrienta garra en Morelos más que en el Congreso.

El 29 de septiembre de 1815 da principio la peregrinación. El caudillo está desanimado. Tres meses antes había sido muerto en Coyuca don Hermenegildo Galeana, y exclamó entonces el gran cura: "Acabáronse mis brazos. Ya no soy nada". Con la ejecución anterior de Matamoros en Valladolid, el 5 de enero de 1814, habían empezado las "amputaciones" de Morelos, con lo que él llamó la pérdida de su brazo derecho.

El 5 de noviembre del 15 —volviendo a la peregrinación del Congreso— ya no pueden los republicanos esquivar la lucha armada en Tezmalaca. Se acerca don Nicolás Bravo a Morelos y le pide que se salve, en aras de la independencia mexicana. Le contesta don José María: "¡No: escolte usted al Congreso, vaya con los diputados, que si yo perezco importa poco!"

No ha transcurrido media hora, y ya es Morelos la presa codiciada en poder de los realistas. Conoce a su aprehensor Matías Carranco, quien militó antes a sus órdenes: "Señor Carranco —le dice el prócer con amarga ironía—, parece que nos conocemos". Y a Villasana cuando le pregunta al prisionero con malévola insistencia qué hubiera hecho si, por el contrario, a él o al señor Concha los hubiese atrapado en la batalla, responde sin titubear Morelos: "Les doy dos horas para confesarse y los fusilo".

"Las fuerzas de Rey no son tan crueles", replica con cinismo Villasana. Y como para demostrarlo, en el

trayecto de Tenango a México lo detienen sus guardi-  
nes, para que asista el caudillo revolucionario a la eje-  
cución de 26 de sus compañeros insurgentes, tomados  
en la batalla de la víspera.

*Auto público de fe, dictado y ejecutado  
por la Inquisición*

SABE Morelos que para él no habrá misericordia. La primera medida del Virrey Calleja, al suceder a Venegas, fué un decreto en que decía: "El pueblo que preste a Morelos el menor auxilio será destruído y sus habitantes diezmadados. El pueblo que lo entregue será constituído en Villa o Ciudad. Y si algún particular lo aprehende se le afirmará su fortuna, premiándolo de una manera extraordinaria y satisfactoria".

A los pocos días ya estará en la capital del virreinato, con sus grillos y cadenas, en una celda secreta del Santo Oficio. Allí recordará la degradación del señor Hidalgo en Chihuahua, como él la pudo escuchar de testigos presenciales; su ajusticiamiento, el de Aldama, Allende y 400 insurgentes más, incluyendo a los que fueron sacrificados en Monclova; el hecho de que los cadáveres hubieran sido puestos a la expectación pública y después les cortaran la cabeza, para exhibir las de los próceres en la Alhóndiga de Granaditas.

En medio de una cruel indiferencia y la esperada frialdad de la derrota, sin voz ninguna de aliento ni de simpatía, a excepción de una ineficaz protesta del que fué Congreso de Chilpancingo, comenzará el proceso. Acusaciones del Fiscal de la Santa Inquisición, doctor don José María Tirado:

"... Porque siendo cristiano, bautizado, confirmado y educado por sus padres... y gozar como tal de los

privilegios y gracias concedidos a los buenos y verdaderos católicos, abandonando enteramente sus estrechas obligaciones de cristiano y sacerdote, pospuesto el santo temor de Dios y de su divina justicia . . . , con grave ruina de su alma y lamentable escándalo . . . , ha hecho, dicho, creído y cometido, y ha visto a otros hacer, decir y cometer contra lo que tiene, predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana; pasándose de su purísimo y santo gremio, al feo, impuro y abominable de los herejes Hobbes, Helvecio, Voltaire, Lutero y otros autores pestilenciales, deístas, materialistas y ateístas, que seguramente ha leído e intentado suscitar sus errores, revolucionando todo el Reino y siendo causa principalísima de las grandes herejías y pecados que se han cometido y aún cometen.

“ . . . Todo lo cual y demás que expondré, lo constituyen hereje formal, apóstata de nuestra sagrada religión, ateísta, materialista, deísta, libertino, sedicioso, reo de lesa majestad divina y humana, enemigo implacable del cristianismo y del Estado, seductor, protervo, hipócrita, astuto, traidor al Rey y a la patria, lascivo, pertinaz, contumaz y rebelde al Santo Oficio, de que en general le acuso, y en particular de lo que de su proceso resulta y siguiente”.

Lo siguiente son nuevas acusaciones, nuevos cargos por las ideas del “reo” sobre la representación de la soberanía nacional, “según se expresa terminantemente por este infame en el artículo 18 de su perversa y ridícula Constitución”.—“No sólo ha intentado este libertino impío manchar las virtudes de nuestro amado Monarca, sino que ha denigrado la conducta y fidelidad de sus buenos vasallos, americanos y españoles, propagando contra ellos proclamas sediciosas, incendiarias, falsas, te-

merarias, **piarum aurium**, firmándolas de su puño y autorizándolas con el poder de las armas, para compeler a los pueblos a la desobediencia del Rey y a la obediencia de este monstruo, que quiso erigirse árbitro y señor de la América, en contradicción de Dios y de los hombres, de la Iglesia, del Rey y de la patria”.

\* \* \*

El 26 de ese mismo mes de noviembre de 1815, como demostración palpable de que los señores jueces y magistrados pueden mover lo que tienen entre manos con celeridad y eficacia, ya el Señor Inquisidor doctor don Manuel de Flores, con la sapientísima cooperación de seis Consultores entre togados y eclesiásticos, tiene en su poder los **votos en definitiva** y la conformidad para que al día siguiente (27 de noviembre de 1815) “se le haga (al reo) auto público de fe en la sala de este Tribunal, a las ocho, a que asistirán los Ministros y cien personas de las principales, que señalará el Señor Inquisidor Decano; que se degradará al precitado presbítero José María Morelos, confitente diminuto, malicioso y pertinaz; que se le declara hereje formal negativo, despreciador, perturbador y perseguidor de la jerarquía eclesiástica, atentador y profanador de los Santos Sacramentos; que es reo de lesa majestad divina y humana, pontificia y real, y que asista al auto en forma de penitente **intermissarum solemnia**, con sotana corta, sin cuello ni ceñidor y con vela verde en mano, que ofrecerá al sacerdote, concluída la misa, como tal hereje y fautor de herejes desde que empezó la insurrección”.

“...Se le condena a destierro perpetuo de ambas Américas, Cortes de Madrid y sitios reales; a reclusión



en uno de los presidios de Africa; se le depone de todo oficio y beneficio eclesiástico, con inhabilidad e irregularidad perpetua; que a sus tres hijos, aunque sacrílegos, se les declara incurso en las penas de infamia y demás que imponen los cánones y leyes a los descendientes de herejes, con arreglo a las instrucciones de este Santo Oficio; . . . y que se fije su nombre, patria, religión y delitos en la Santa Iglesia Catedral de esta Corte”.

“Así lo acordaron, mandaron y firmaron: doctor Flores; doctor Monteagudo; Blaya; Campo; Madrid; don Casiano de Chávarri, Secretario”. . . “Concuerta con su original, que obra en la Cámara del Secreto de esta Inquisición de México, a que me remito y que certifico.— Don Casiano de Chávarri, Secretario”. (Archivo de Simancas, Inquisición de México, legajo 28.)

Como lo dispusieron los inquisidores, a las ocho de la mañana del 27 de noviembre comenzó el auto público de fe, en el salón principal del edificio de la Inquisición, a presencia de los eclesiásticos y Ministros ejecutores, así como de gran número de aristócratas y gentes ricas de México, deseosas de exteriorizar su morbosa curiosidad o el odio que sentían por el insurgente michoacano.

“Todo el público clavaba sus miradas curiosas en el extraordinario reo —escribe Teja Zabre—, sentado en un banquillo sin respaldo, con las vestiduras indicadas en la sentencia. No parecía ser el principal actor de la ceremonia ni la causa de la atención general, por lo impenetrable de su rostro”. . . “El Obispo de Oaxaca, revestido de pontifical, efectuó la degradación. Puesto de rodillas sufrió Morelós, sin alterarse, el lento y ceremonioso sacrificio de su calidad sacerdotal”.

*Sentencia del Virrey*

A pesar de que la Iglesia solamente lo condenó a presidio perpetuo en Africa, es lo cierto que nuestro personaje —en lo que ya estaba sin duda de acuerdo el Santo Oficio— pasó de manos de los inquisidores a las autoridades seculares, representadas por el señor Concha, su custodio hasta el momento de la descarga que le quitó la vida. El Auditor de Guerra, entre otras cosas, decía en su petición al Virrey Calleja, no obstante que ya éste tenía de antemano resuelto el sacrificio de Morelos:

“...Que sea fusilado por la espalda como traidor al Rey; y que separada su cabeza y puesta en una jaula de hierro se coloque en la Plaza Mayor de esta Capital; que sirva a todos de recuerdo el fin que tendrán, tarde o temprano, los que se obstinen todavía en consumir la ruina de su patria, que es el fruto que pueden esperar, según la ingenua confesión del monstruo de Carácuaro, cuya mano derecha se remita también a Oaxaca, para que asimismo se coloque en su Plaza Mayor”.

Sobre este dictamen resolvió Calleja el 20 de diciembre, a las tres semanas del auto de los inquisidores, que la ejecución se llevara a cabo en los términos expuestos; pero que el cadáver no sufriera mutilación alguna en sus miembros, ni se le pusiese a la expectación pública.

“Para todo lo cual —termina el Virrey— tomará las providencias oportunas el señor Coronel don Manuel de la Concha, a quien cometo la ejecución de esta sentencia, que se notificará al reo en la forma de estilo”.

\* \* \*

Es la mañana del 22 de diciembre de 1815. Una escolta se dirige a San Cristóbal Ecatepec, población cer-

cana de la capital de México. Los oficiales vigilan el coche que conduce al héroe. Reza el Padre Salazar que lo acompaña. Contesta Morelos esta o aquella plegaria, sin temor ni sobresalto, mientras el peso de los grillos se le hinca en las muñecas y el viento frío de diciembre le hiela el corazón.

Pasa la comitiva frente al Santuario de la Virgen de Guadalupe. Una leve sonrisa, de seguridad y confianza en la patrona de los desvalidos, se dibuja en los labios del prócer mexicano. Pregunta al señor Concha, quien pausadamente se le acerca, al detenerse el convoy:

—¿Hemos llegado, señor coronel?

—No todavía, señor general.

Sigue rodando el carruaje por el camino empedrado, hasta llegar al viejo cuartel de San Cristóbal. Otros dos eclesiásticos se unen al Padre Salazar. Salmos penitenciales para salvar el alma. Redoble de tambores para formar el pelotón.

—¿Ya estamos listos? Vamos, señor Concha, no mortifiquemos más; venga el último abrazo.

Emoción de oficiales y soldados. ¡Indios o mestizos humildes que matarán al que luchó por ellos! Morelos sale al patio, arrastrando las pesadas cadenas que apenas lo dejan caminar.

—¿Por qué vendarme? ¿Por qué recibir a la muerte de rodillas? ¡En pie quisiera esperarla, con los ojos muy abiertos!

Interviene el Padre Salazar, diciéndole al oído que se acerca el juicio de Dios. Ya está Morelos con su pañuelo blanco cubriéndole los párpados, en tierra ambas rodillas, de cara al paredón, según se había dispuesto, para que los rifles le apunten por la espalda. Musitará el verso de Horacio: **Debemur morti, nos nostraqui**: "Estamos destinados a la muerte, nosotros y cuanto nos pertenece".

Redoblan de nuevo los tambores. Se escucha la voz de mando. Al ruido de la descarga se unen las palabras finales del salmo 129 de la Penitencia: "Clamé desde las profundidades del abismo".

Así clamó Morelos. Desde las profundidades del coloniaje, la incomprensión y la ignorancia. Desde el abismo de la servidumbre, la esclavitud y la ignominia. Clamó desde abajo, para salvar precisamente a los de abajo. Por eso lo han matado y enterrado los de arriba.

¡Pero sigue Morelos viviendo y clamando —hoy como en la revolución de independencia— su vigoroso, su eterno y humano **De profundis!**

## VIII

### IDEARIO, AMARGURA Y MUERTE DE BOLIVAR

**S**E aludió en capítulo anterior al Manifiesto de Cartagena, fechado por Bolívar el 15 de diciembre de 1812.

Los párrafos que allí se transcriben y comentan, dan una idea precisa de su visión de la realidad y del espíritu analítico de nuestro biografiado. Estas características de Bolívar, en su aspecto de pensador y escritor, toman más firme consistencia en su célebre Carta de Jamaica, dirigida el 6 de septiembre de 1815 a un caballero inglés, que se supone sea el duque de Mánchester.

En dicha Carta hace Bolívar un estudio profético de las diversas regiones hispanoamericanas. En sus referencias a Moctezuma, Cuauhtémoc (Guatimozín), Atahualpa, Catzontzin y los Zipas, Toquis, Imas, Caciques y demás dignidades prehispánicas, no sólo se revela el conocimiento que tenía de la Historia —enseñanzas sin duda de don Simón Rodríguez y acaso de don Andrés Bello—, sino también un sentido indigenista que no era, ni mucho menos, el de algunos contemporáneos, especialistas en la materia.

“Nosotros apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fué” —escribe Bolívar—. Y a continuación agrega: “No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los verdaderos usurpadores. Nos hallamos, por lo mismo, en el caso más extraordinario y complicado”.

Caso que el estadista Bolívar había ya definido en sus victoriosos días de 1813, cuando escribió en octubre desde Valencia: "El español feroz, vomitado sobre las costas de Colombia, para convertir la porción más bella de la naturaleza en un vasto y odioso imperio de crueldad y de rapiña, hizo desaparecer de la tierra la casta primitiva; y cuando su saña rabiosa no halló más seres que destruir, se volvió contra los propios hijos que tenía en el suelo que había usurpado". Y que procura resolver con su "Ley de Repartos".

\* \* \*

Sobre este particular afirma el escritor venezolano Humberto Tejera que Bolívar, "al entrar al Perú, dispuso devolver la tierra a los indios, sus antiguos dueños; y antes y hoy verdaderos trabajadores de ella". . . .

"Los decretos del 8 de abril de 1824, desde Trujillo, y del 4 de julio de 1825, desde la sagrada ciudad del Cuzco, estatuyeron: Se declara a los indios propietarios de los terrenos que posean; y esto en pleno dominio. Las tierras de comunidad se repartirán entre los indios que no gocen de ellas. El repartimiento se hará tomando en cuenta el estado de cada porcionero, asignando más tierras a los cabezas de familia, pero en tal forma que ningún indio quede sin su respectivo terreno".

Medidas semejantes tomó el Libertador en su decreto del 22 de diciembre de 1825, expedido en Chuquisaca, para la liberación de los indígenas del Alto Perú.

Basado en otro investigador venezolano, Eloy G. Blanco, asegura además el excelente amigo y escritor Tejera: "Bolívar condujo la guerra de independencia en tres lustros, pormenorizador e implacable, de la única manera posible: tomando elementos y recursos donde los había; es decir, en las arcas, las haciendas, los pala-

cios y las riquezas de los opresores". De manera que Bolívar, en este punto concreto, se da también la mano con Morelos.

Pero el Libertador y fundador de la Gran Colombia fué burlado, según explica el actual Presidente de Venezuela Rómulo Betancourt, en discurso de 1946 en Carabobo. Valga esta frase: "La ley bolivariana de repartos no se cumplió. Con los bienes confiscados a los realistas sucedió lo mismo que con los bienes confiscados a Juan Vicente Gómez. Casi todas esas haciendas pasaron a manos de aprovechados sin escrúpulos, y el pueblo se quedó sin tierras".

¡Lo mismo que en el resto de la América española, al dividirse o sucumbir los próceres!

¡Lo mismo que en la época contemporánea, a merced de los nuevos criollos, herederos legítimos de los fernandinos, con alma siempre de colonos, que malograron la obra de los libertadores!

No es necesario, de momento, hacer ningún otro comentario.

*En la Carta de Jamaica habla Bolívar de Morelos  
y de la Virgen de Guadalupe*

EL documento realmente orientador, la Carta de Jamaica de que se ha venido haciendo mención, lleva ya el germen del "Discurso al Congreso de Angostura", de la "Invitación para el Congreso de Panamá", de la "Constitución de Bolivia" y de una larga serie de cartas y mensajes de Bolívar. Entre ellos, el que dirigió el 12 de junio de 1818 a Pueyrredón y a los habitantes del Río de la Plata, el que presentó diez años después a la Convención de Ocaña, y sus comunicaciones a Santander, O'Higgins y a otros caudillos de la libertad americana.

De varias páginas que dedica a México en la citada Carta de Jamaica, bien vale la pena recordar las pocas líneas siguientes: "Los sucesos de México han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados, para que se puedan seguir en el curso de su revolución" . . .

"Los independientes, por lo que sabemos, dieron principio a su insurrección en septiembre de 1810, y un año después ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro, instalando allí una Junta Nacional bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas".

". . . Se dice que han creado un Generalísimo o dictador, que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre Rayón; lo cierto es que uno de estos dos hombres, o ambos separadamente, ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una Constitución para el régimen del Estado" . . .

"Aquí se observa que por causas de conveniencia se conservó la apariencia de sumisión al Rey". Más adelante agregará Bolívar:

"Felizmente, los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México, es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta".

Adviértase que cuando da Bolívar a la imprenta sus opiniones certeras sobre la guerra de independencia mexicana, en septiembre de 1815, ya Morelos estaba en vías de caer en poder de las fuerzas virreinales. Precisamente a fines de ese mes daría principio la peregrinación



del Congreso, y al cabo de cinco semanas quedaba cortada y terminada la carrera política del formidable cura de Carácuaro.

Bolívar, en cambio, gracias a que pudo escapar de las manos de los realistas en sus campañas de 1813 y 1814, aún tendría por delante la gloria de sus triunfos durante quince años, que con la muerte el destino le negó a Morelos.

\* \* \*

En relación con Centro América, dice Bolívar al duque de Mánchester: "Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala, formarán quizá una Asociación. . . , que entre los dos mares podrá ser, con el tiempo, el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!"

¿Qué se hizo, en dónde y en poder de quién está esa garganta de América, que podría ser, de acuerdo con la visión de Bolívar, "el emporio del universo"? Visión tan clara y tan antigua, por otra parte, que desde los primeros años de la conquista el licenciado don Gaspar de Espinosa, el deudo y pariente de Hernán Cortés Saavedra Cerón, el escritor Fernández de Oviedo e incluso el Obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, hacían notar a Carlos V:

"Qué maravillosa disposición hay para lo que es dicho: que a queste río Chagres, naciendo a dos leguas de la Mar del Sur, viene a meterse en la del Norte. Este

río corre muy recio, y es muy ancho y poderoso y honorable”.

Dió esto lugar a la Cédula Real de 1534, en la que Su Majestad ordenó al Gobernador de Castilla del Oro que, personas expertas, “vieran la forma que podría darse para abrir dicha tierra y juntar ambos mares”. En nueva correspondencia para el Rey, explicaba el Obispo Berlanga: “Si este paso se remedia, no hay necesidad de buscar otro estrecho, porque Vuestra Majestad será señor de un tan gran mundo como el que en esta Mar del Sur se descubre, e espera se descubrirá, e tenerlo todo como debajo de llave”.

¡Estupenda frase! Tenerlo todo como debajo de llave. Así está Centro América. ¡Como debajo de llave! Otras metrópolis hicieron lo que no pudo realizar España, pues poco después Felipe II se acogió a San Marcos, amonestando a los fieles para que no se hablase más del asunto, “porque no debe el hombre separar lo que Dios unió”. Al cabo de tres siglos, Bolívar, el sabio Valle, Morazán y otras figuras ínclitas de América, volvieron a pensar en esa ruta interoceánica, privilegiada por la naturaleza.

¡Hubiese animado el espíritu de estos próceres a los granadinos y a los centroamericanos, y es posible que se hubieran cumplido sus profecías y sus deseos, con los grandes canales de Panamá y de Nicaragua multilateralmente financiados y planeados al servicio del género humano, sin pérdida de soberanía ni concesiones de índole militar, que hoy atraen sobre sus habitantes el peligro de la bomba atómica!

Hubiera animado ese mismo espíritu a los gobernantes hispanoamericanos del siglo diecinueve, a la clase arriba mencionada de los nuevos criollos formados al amparo de la revolución de independencia, y no se nos podría

entonces aplicar el versículo 34 del Génesis, que reza textualmente en la parte XXV:

“Entonces Jacob le dió a Esaú pan y un plato de lentejas. Y éste comió y bebió, y se levantó y se fué. Y así despreció Esaú su primogenitura”.

*Unidad hispanoamericana era la divisa del Libertador*

**E**N diversos escritos volverá a insistir el Libertador sobre la situación y el porvenir de Centro América, pensando desde luego en Panamá, que formaba parte de Nueva Granada y posteriormente de la Gran Colombia. En su invitación para el Congreso que allí trataba de reunir, enviada desde Lima el 7 de diciembre de 1824 a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala, expresará de nuevo lo que ya les había insinuado en 1822. En este segundo mensaje de unidad hispanoamericana, escribe así Bolívar:

“Después de 15 años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

“Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

“Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independendencia, o que circunstancias más favorables me permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida; si el Cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas”.

Y en esa misma fecha, al pueblo rioplatense, último párrafo: “La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad. Y cuando haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea la de unión en la América meridional”.

Más adelante, en carta para el general don Francisco de Paula Santander, escrita en Lima el 11 de marzo de 1825, cuando el peligro de la Santa Alianza amaga todavía a los países recientemente liberados, expresará el Libertador tales ideas, que parecieran haberse escrito en estos mismos días. Le dice a Santander que se puede resguardar la América con un grande ejército; con inteligente política europea, “para quitarnos los primeros golpes”; y sin duda por su sentido democrático y liberal, mediante un entendimiento con Inglaterra y los Estados Unidos.

“Pero —explica Bolívar— todo muy bien manejado y muy bien combinado, porque sin buena dirección no hay elemento bueno”. E insiste sobre el Congreso de todos los Estados hispanoamericanos en el Istmo de Panamá.

Y por lo que ocurre en esta postguerra de la segunda conflagración mundial, léase lo que escribe el Libertador

en un segundo agregado de la misma carta: "Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque se cruzan intereses inmensos esparcidos en el mundo entero. Todo el nuevo hemisferio queda de hecho comprometido. El remedio a todo esto, si se encuentra, es el gran Congreso de Plenipotenciarios en el Istmo, bajo un plan vigoroso, estrecho y extenso, con un ejército a sus órdenes de 100,000 hombres a lo menos, mantenido por la Confederación e independiente de las partes constitutivas".

Es interesante tomar nota del carácter contractual y multilateral del proyecto bolivariano, que apenas ha podido realizarse a medias a partir de la Conferencia de Buenos Aires en 1936, como consecuencia de la política de buena vecindad del Presidente Franklin D. Roosevelt. Es decir, no por iniciativa ni como resultado de la potencialidad moral y material de Hispano América, sino por el interés de países más poderosos.

Adviértase, de igual manera, cómo la Doctrina de Monroe, típicamente unilateral, y con interpretación y aplicación exclusiva por el Gobierno de Washington, ha tenido en realidad que transformarse, al cabo de más de un siglo, para ofrecer algunos matices del plan propuesto por Bolívar en Panamá.

### *Discurso ante el Congreso de Angostura*

**S**ERIA imperdonable no reproducir siquiera algunos puntos primordiales del Discurso pronunciado por Bolívar ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819. Después de transmitir a los representantes del pueblo el poder que se le había confiado, y de informar de su actitud y sus campañas, hace observaciones como las siguientes:

"La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobier-

nos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar que el poder permanezca largo tiempo en un mismo ciudadano. El pueblo se acostumbra a obedecerle, y él se acostumbra a mandarlo, de donde se originan la usurpación y la tiranía”.

“...La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción.” “...Un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla. El imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos. El ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad.”

“...El sistema de gobierno más perfecto es aquél que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.”

“...¿No dice “el espíritu de las leyes” que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Y que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales?”

“¡¡He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Wáshington!!”

Explicando su idea de un cuarto poder, esbozada en este discurso de Angostura, escribirá el Libertador a Guillermo White, el 26 de mayo de 1820:

“Tenga usted la bondad de leer con atención mi discurso, sin atender a sus partes, sino al todo de él. Su conjunto prueba que yo tengo muy poca confianza en

la moral de nuestros conciudadanos, y sin moral republicana no puede haber gobierno libre"... .

"¡A qué no se han sometido los hombres! ¡A qué no se someterán aún! Si hay una violencia justa, es aquélla que se emplea en hacer a los hombres buenos y, por consiguiente, felices; y no hay libertad legítima, sino cuando ésta se dirige a honrar a la humanidad y a perfeccionarle su suerte."

\* \* \*

Conforme pasan los años y aumenta su gloria, irá creciendo la desconfianza de Bolívar en la moral de sus conciudadanos. Y no por culpa de las muchedumbres que lo han seguido y aclamado; no por culpa de los pueblos, generalmente nobles y generosos, si se les trata con honradez, con humanidad y con justicia, sino a causa de algunos caudillos en potencia, que se han hecho fuertes a la sombra del Libertador.

Pueblo sí tiene Bolívar, como lo tendrá —para bien o para mal— cualquier conductor de multitudes que pueda cohesionarlas, al revés de lo que escribió sobre el particular mi siempre venerado amigo, el escritor y luchador infatigable hasta su último aliento, don Rufino Blanco Fombona.

Atrévome a repetir, por consiguiente, que después de Boves y no obstante la reacción conservadora, masa popular tuvo Bolívar, más o menos igual a la de países considerados como de mayor progreso y superior cultura, aunque incapaces de comprender su posición social y su destino.

Dígalo si no la propia Europa, en donde los pueblos se matan inmisericordemente, sin saber por qué rompen la paz, abandonan sus hogares y buscan la muerte en las trincheras. Díganlo si no los italianos del Duce, o los buenos alemanes con la cabeza cuadrada, que de sus fábricas

y sus laboratorios, de sembrar la tierra y de extasiarse con la música de Beethoven y de Wagner, arremeten como fieras contra el mundo, guiados por el Kaiser o por el espíritu satánico de Hitler.

En tales condiciones, frente a masas populares supercultas, arrastradas a dar lo único propio que es la vida en defensa de inconfesables y enormes monopolios, ávidos sus magnates de dominar al mundo, no hemos de creer que seamos inferiores, ni que pueda nadie mirarnos con desdén, por las luchas incesantes que ha librado Hispano América en busca de libertad y de justicia.

\* \* \*

Puede afirmarse, en resumen, que de nuestra sufrida masa popular, analfabeta ciertamente de los signos gráficos de la escritura, como lo son otros del ingenio; maleable por la demagogia, en igual forma que la masa popular de todos los pueblos de la tierra. . . , no recelarían Bolívar, ni Morelos, ni Artigas, ni San Martín, ni Morazán, ni Juárez, ni José Martí, ni hombre superior alguno de nuestra pobre América.

Recelarían y recelaron, sí, de ciertos funcionarios calculadores que los rodeaban: patriotas de mala o buena fe, pero con mentalidad parroquial; negociantes sin más preocupación que el lucro; voraces usufructuarios de la revolución y de la guerra, entonces como ahora; enemigos solapados de la libertad y de la democracia; abuelos y bisabuelos de numerosos jurisconsultos, hogaño especialistas en la financiación de empréstitos, de influencias oficiales y de onerosas concesiones.

¡Muy sabidos, pues, para hipotecarlo todo y entregarlo todo, con perjuicio evidente de 115 millones de hispanoamericanos desnutridos, explotados como en tiempo de los capitanes generales y de los virreyes, desmoralizados y enfermos hasta la desesperación, sin fe ni confianza



en quienes suelen proclamarse como eternos "salvadores de la patria!"

Para la moral de estos ciudadanos, para esta clase de "políticos sagaces" o de nuevos criollos —enemigos a muerte de los criollos revolucionarios—, era la desconfianza de Bolívar. ¡Y para los militares macheteros, fatídico ancestro de insaciables "señores presidentes" posteriores!

Se podrían pintar en esta forma: Pistolón o fusta en la mano; en la cabeza humo de pólvora; taconeo y espuelas donde tenían el caite o el huarache. ¡Lujuria, soberbia, crueldad, pasiones y apetitos desatados, para regodearse a prisa con lo que no tuvieron antes!

Ya dijo el austero y glorioso Protector don José de San Martín, al retirarse del Perú, dejando a Bolívar la responsabilidad de la campaña, ante renovadas asechanzas de traición y material humano de tal jaez: "Me falta valor para fusilar algunos de mis compañeros de armas y de causa".

*El poder moral y otros aspectos interesantes de la  
Constitución de Bolivia*

**P**OR el cuadro anterior será fácil inferir el estado de ánimo del Presidente de la Gran Colombia, al comprender el peligro que estos políticos y militares hacían correr a la unidad de su patria, forjada con tanto dolor y tanta sangre. Así se explica su insistencia en darle forma jurídica al cuarto poder, en la Constitución de Bolivia; al poder moral, que ya había sugerido en Angostura y que había fracasado en Cúcuta. Su mensaje del 25 de mayo de 1826 a los constituyentes bolivianos, les hace ver desde Lima, cómo es indispensable responsabilizar a los funcionarios públicos, del modo más efectivo.

“Sin responsabilidad —dice—, sin represión, el Estado es un caos. Me atrevo a instar con encarecimiento a los legisladores, para que dicten leyes fuertes y terminantes sobre esta importante materia.” Espera que su idea de investir a los Censores con altas facultades, sea una forma de esclarecer la conciencia pública, evitando que los ciudadanos sufran los abusos de los magistrados, jueces y demás funcionarios.

“Los Censores ejercen una potestad política y moral, que tiene alguna semejanza con la del Areópago de Atenas y la de los Censores de Roma. Serán ellos los fiscales contra el Gobierno, para celar si la Constitución y los tratados públicos se ejercen religiosamente. Son ellos los que protegen la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta”...

“Los Senadores, entretanto, forman los códigos y reglamentos eclesiásticos y velan sobre los tribunales y el culto”... “Es del resorte del Senado cuanto pertenece a la religión y a las leyes.”

Da esto lugar a que los intereses creados, y ciertos elementos al servicio confesional de la Colonia, vislumbren algo así como un “sacerdocio civil”, que tomaría el sitio del clero católico, ya que Bolívar omite en su Proyecto de Carta Magna lo que se relaciona con el Estado religioso. En el mensaje correspondiente hace diversas aclaraciones en relación con este grave problema, que no se resolverá sino al cabo de muchos años —y no en todas las repúblicas americanas— con las leyes de reforma que habrían de separar a la Iglesia del Estado. Razonará el Libertador de esta manera:

“Haré mención de un artículo que, según mi conciencia, he debido omitir”... “Las leyes fundamentales son la garantía de los derechos civiles y políticos; y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, toda ley sobre ella quita el mérito a la fe, que es la base de la

religión". . . "La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: sólo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima."

Insistirá Bolívar en presentar su punto de vista con gran serenidad y altos pensamientos, indicando que no puede un Estado "regir la conciencia de los súbitos, ni velar sobre el cumplimiento de las leyes religiosas, cuando los tribunales están en el cielo y cuando el juez es Dios". . . "La Inquisición solamente sería capaz de reemplazarlos en este mundo. ¿Volverá la Inquisición con sus teas incendiarias?"

\* \* \*

Hasta dónde influiría en el ánimo de Bolívar el temor de que el fanatismo siguiera siendo instrumento de la reacción clerical, para fines temporales, es cosa que sale a luz en los conceptos del mensaje a que se ha hecho referencia. Y acaso se agudice su preocupación al recordar que poco antes, en 1824, el Papa León XII había exhortado a los pueblos de América para que volviesen "al dulce yugo de Fernando VII, Rey Católico de las Españas, cuya sublime y sólida virtud le hace anteponer, al esplendor de su grandeza, el lustre de la religión y la felicidad de sus amados súbditos".

Este Fernando VII del "dulce yugo" —como el Franco beatífico de nuestros días, respaldado igualmente por el Vaticano—, había suprimido la Constitución de Cádiz, al recobrar el trono con las tropas de Lord Wellington; había sembrado de cadáveres los panteones de España; aceptó después el apoyo armado de los franceses cavernarios, para vencer la revolución de Riego con los "cien mil hijos de San Luis" —exactamente como Franco contra la República, de 1936 a 1939, auxiliado por los ejércitos de Hitler y de Mussolini—; mandó cometer, en fin, atrocidades espeluznantes en América, hasta que

sus generales y virreyes fueron a la postre derrotados por nuestra gran revolución de independencia.

¡O atraídos y engañados los altos funcionarios de la monarquía, como sucedió en México con Iturbide, quien supo aprovechar a los peninsulares mismos y a los canónigos de la Profesa —cuando el liberalismo de Riego andaba victorioso en la metrópoli convulsionada—, para proclamar su independencia con régimen borbónico, según se establecía en el Plan de Iguala!

Pensará el Libertador en todos estos problemas del siglo diecinueve —tan semejantes a los del siglo veinte. Medirá los peligros de la Santa Alianza, que amenazaba de preferencia al mundo hispanoamericano—, como hoy lo amenazan otras ofensivas del poderío monopolista.

Y sentirá que todo él se rompe y se quebranta, del cuerpo y del espíritu, al ver cómo crecen cada día los odios y las pasiones de sus mejores lugartenientes; cómo se ahonda la división y aumenta entretanto la anarquía; cómo a él mismo, después de rechazar ofrecimientos reiterados para que acepte una corona, lo atacan de diversos sectores por su “ambición desmesurada”.

A quienes le han propuesto tronos y mantos reales les dirá: “El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo”. Al emisario del general Páez le contesta desde el Perú: “Un trono espantaría, tanto por su altura como por su brillo”. . . “Ni Colombia es Francia, ni yo soy Napoleón ni quiero serlo. Tampoco podría imitar a César, menos aún a Iturbide”. Y al Vicepresidente Santander:

“El general Páez está a la cabeza de estas ideas, sugeridas por sus amigos los demagogos. Un secretario privado ha venido a traerme el proyecto”. . . “Este plan me ofende más que todas la injurias de mis enemigos, pues me supone de una ambición vulgar y de un alma

infame, capaz de igualarse a la de Iturbide y esos otros miserables usurpadores.”

\* \* \*

De dinero y demás bienes materiales no habría de ser la “ambición desenfrenada” del Libertador. Los ha tenido en abundancia; se le han decomisado; en parte se pudieron recuperar con la victoria, disminuídos y maltruchos, sin que nada le produzcan. De su difícil situación hay una serie de cartas, en las que expresa su amargura, cuando tal vez no pueda esperarle otro camino que el destierro:

“Yo estoy pobre, viejo, cansado y no sé vivir de limosna. Lo poco que me queda no alcanza para mi indigente familia, arruinada por seguir mis opiniones”... “Preveo que al fin tendré que irme de Colombia, y debo llevar un pan que comer, porque no tengo la paciencia ni el talento de Dionisio de Siracusa, quien se metió a enseñar niños en su desgracia.”

Rehuye, sin embargo, un millón de pesos que el Congreso del Perú vota en su favor: “Jamás he querido aceptar de mi patria misma ninguna recompensa de este género. Sería una inconsecuencia monstruosa si yo ahora recibiese de las manos del Perú, lo mismo que había rehusado a mi patria”.

De sus sueldos atrasados, por añadidura, apenas cobra una pequeña parte, como lección permanente de desprendimiento a los políticos voraces, que a la sombra del poder multiplican sus peces y sus panes en progresión geométrica, y no precisamente para darles de comer, como en el Evangelio, a los que escuchan el Sermón de la Montaña. Se ilusionará Bolívar al respecto, con esta idea: “Mi ejemplo puede servir a mi patria misma, pues la

moderación del primer jefe cundirá entre los últimos y mi vida será su regla”.

Por ventura entonces, ¿ambición de gloria? Oigamos sus propias palabras: “Siempre he pensado que el que trabaja por la libertad y por la gloria, no debe tener otra recompensa que gloria y libertad”.

¡¡Ojalá que nuestros políticos contemporáneos sólo tuviesen ambición de gloria, porque esa llama purificadora les impediría tomar por senderos extraviados, con perjuicio de sí mismos, de su alta investidura y de los pueblos que gobiernan!!

*Revueltas, atentados personales, guerra con el Perú,  
anarquía entre 1827 y 1830*

**T**ODO se derrumba entre 1827 y 1830. Ha fracasado en junio de 1826 el Congreso de Panamá, en el cual confiaba Bolívar para mantener la paz y la unidad de los países liberados. Así expresará sus sentimientos de esos días:

“No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las Constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento”.

A fines de ese año, después de un lustro de permanencia en el Ecuador, Perú y Bolivia; después de la intensa obra política y social que allí pudo realizar, de limar asperezas entre los de arriba y de apoteosis entre las grandes masas, regresa urgentemente a la Gran Colombia, en donde ya despedazan la unión los antagonismos irreconciliables de Páez y Santander.

“Considero al nuevo mundo como un medio globo que se ha vuelto loco —exclamará— cuyos habitantes se hallan atacados de frenesí”. Y en el colmo de su amar-

gura: "Muchas veces me arrepiento de ser americano, porque no hay cosa por eminente que sea que no la degrademos".

Hace cuanto puede ante los caudillos de Caracas y de Bogotá. Los calma de momento. Pero en el Perú el general Santa Cruz, el general Gamarra y los políticos provinciales desconocen la autoridad del Libertador, forman su Congreso y eligen Presidente a uno de los mejores soldados de Ayacucho, el general La Mar.

También en Bolivia comienzan las sublevaciones, vitoreando a Santa Cruz; se ataca la Constitución del 26; y al correr de pocos meses el gobernante immaculado, Antonio José de Sucre, resulta herido en un motín que estalla en Chuquisaca.

Le escribirá Bolívar estas dolientes palabras: "Yo, en el caso de usted, no me quedaría en el sur, porque a la larga tendremos el defecto de ser venezolanos"... "Si aquí no podemos hacer nada por el bien común, el mundo es grande y nosotros tan pequeños que cabremos en cualquier parte. Venga usted a correr mi suerte, querido general. Todo nos ha unido: no nos separe pues la fortuna. La amistad es preferible a la gloria".

Para entonces, como San Martín, ya pensaba Bolívar retirarse a Europa. Sus memorias y sus cartas de días tan agitados no pueden ser más pesimistas. Quiere dejar la presidencia de la Gran Colombia, en contestación a quienes lo difaman con la sospecha absurda de que su tesis centrofederalista —Confederación de Estados fuertes y respetables que no se subdividan, con gobiernos centrales—, es el camino de la tiranía.

¡No entienden, no quieren entender los demagogos que el centralismo de Bolívar no es el de los aristócratas, ni el de los reaccionarios, ni el de los criollos ricos de México o de Centro América, que claman a grandes voces por "religión y fueros"!

Esa falta de comprensión hizo fracasar el Congreso de Panamá. Esa falta de comprensión señala al caraqueño como ambicioso de poder vitalicio. Responde pues renunciando, "porque un país que está pendiente de la vida de un hombre corre tanto riesgo, como si lo jugasen todos los días a los dados". Pero sus partidarios y el Congreso de Tunja no aceptarán que en tan grave crisis abandone Bolívar a su patria.

\* \* \*

Como medida indispensable para consolidar a la República, mediante la reforma o la expedición de nuevas leyes, en un esfuerzo supremo de paz y de concordia, se organiza y reúne la Convención de Ocaña. Durante varios meses de 1828 discuten los delegados, sin que se lleguen a poner de acuerdo. El Libertador, acogido mientras tanto a la hospitalidad del pueblo de Bucaramanga, sigue desde lejos la encendida polémica de las facciones.

Disuelta la Convención por falta de quórum; más desatados los rencores y los odios al clausurarse que al abrirse la asamblea; el país completamente anarquizado, regresa el Presidente a Bogotá y asume sin dilación la dictadura, advirtiendo que dejará el poder irrevocablemente en 1830, al cumplirse su segundo mandato. ¡Ni éste ni el primero los había en realidad desempeñado, por encontrarse en sus campañas del sur, y por su confianza ilimitada en la capacidad del Vicepresidente Santander!

Ahora sí parece inevitable el derrumbe de la Gran Colombia. Los partidarios de Santander en Nueva Granada, y los de Páez en Venezuela, ya tienen nuevos elementos de ataque contra el Libertador. ¡La tiranía! ¡La dictadura!

Caldeado el ambiente político, encendidas como nun-



ca las pasiones, a nadie causará sorpresa la conjuración que toma cuerpo en la noche del 24 al 25 de septiembre de 1828, con el propósito de asesinar a Bolívar en su propia residencia del Palacio Presidencial de San Carlos. Milagrosamente pudo salvar la vida, en forma que relatan todos sus biógrafos, gracias a la sangre fría de su extraordinaria amiga, de su confidente y compañera inigualable, Manuelita Sáenz, "Libertadora del Libertador".

Mas no ha de terminar ese año fatídico de 1828 sin nuevas dificultades, sin nuevos levantamientos, que llevan incluso a la guerra civil. Ahora son los coroneles Obando y López en Popayán. A poco habrá de ser el general La Mar, quien con un poderoso ejército invade el sur de Colombia para anexar Guayaquil a la nación peruana. Tiene que acudir el mariscal Sucre a enfrentarse con hombres valerosos, que bajo su mando habían peleado por la independencia.

Domina el joven vencedor de Ayacucho en esta guerra por todos conceptos lamentable; pero demuestra su generosidad y su nobleza en las condiciones de paz que impone al régimen de Lima, en nombre de Colombia y de acuerdo con Bolívar —quien para esa fecha se encuentra en Ecuador—, después de las batallas de Saraguro y de Tarquí, en febrero de 1829.

Seguirán las revueltas y las insurrecciones durante el resto de aquel año —¡hasta el valeroso Córdova en Antioquia!—, culminando tanta hostilidad desorbitada con un decreto del general Páez —¡del propio militar que insistía en que el Libertador se coronara!—, desterrándolo de Venezuela por los "proyectos monárquicos" de su ilustre jefe y compatriota.

*Deja Bolívar el poder y clama por la unión, ya moribundo, en San Pedro Alejandrino*

**N**O ha de continuar Bolívar al frente del Gobierno. Ante el Congreso presidido por Sucre, que inicia sus sesiones en los primeros días de 1830, dimite irrevocablemente la primera magistratura de la nación. He aquí algunas frases de su último discurso:

“Las lecciones de la Historia, los ejemplos del viejo y nuevo mundo, la experiencia de veinte años de revolución, han de servirnos como fanales en medio de las tinieblas”...

“Libradme del baldón que me espera, si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Un nuevo magistrado es ya indispensable para la República”...

“Desde hoy no soy más que un ciudadano para defender a la patria y obedecer al Gobierno. Cesaron mis funciones públicas para siempre. Os hago formal y solemne entrega de la autoridad suprema, que los sufragios nacionales me habían concedido.”

Y concluirá su alocución con estas palabras, en las que se adivina su indecible angustia por el derrumbamiento de la Gran Colombia, que a pesar de su retiro y no obstante las gestiones del propio Congreso ante la administración del intrépido llanero Páez, habrá de ser a la postre inevitable:

“Compatriotas: Escuchad mi última voz al terminar mi carrera política; a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos”.

Sus partidarios desean que no se ausente de Bogotá. Millares de hombres y de mujeres lo saludan y aclaman cuando sale del Palacio. También le piden los ecuatoria-

nos leales y progresistas, que traslade su residencia a Quito. Pero el Libertador enfermo, hondamente quebrantado, precozmente envejecido, desea recuperar su salud en otros climas.

Su intención es embarcar a las Antillas y después a Europa, sobre todo al saber que el Gobierno de Venezuela —su tierra nativa a la que dió cuanto tenía— no está dispuesto a negociar con Nueva Granada, mientras él permanezca en el país.

“Mi aflicción no tiene medida —escribirá al saberlo—, porque la calumnia me ahoga. Estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza y de miseria en los países extranjeros”.

Pasarán tres meses, sin embargo, antes de que pueda trasladarse a Cartagena, porque es realmente angustiosa su situación económica. No tiene medios bastantes para emprender el viaje al exterior, y sus enemigos de Caracas suscitan toda clase de dificultades para impedirle que pueda usar su patrimonio.

Con humana indignación —ya no es el héroe de las batallas que hoy vemos en los monumentos— pedirá entonces al doctor Alamo: “Abandone usted mi defensa, y que se apoderen de mi propiedad el enemigo y el juez. Yo los conozco. Se me despoja de la herencia de mis abuelos y se me deshonorra. Me dicen que no hay ley para un hombre como yo. No haga usted más en el asunto. Moriré como nací: desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer cuando me falte todo”.

Del Gobierno bogotano recibirá una parte de la pensión que hasta la fecha había rehusado. Y al pedir que se acepte una letra de cambio —según apuntes tomados al desgaire por Emil Ludwig—, exclamará Bolívar: “Quisiera tener una fortuna material para dar a cada hijo de

Colombia; pero no tengo nada: no tengo más que corazón para amarlos y una espada para defenderlos”.

\* \* \*

En la invicta y heroica Cartagena de Indias, desde junio hasta septiembre de 1830, muy de mañana o con el refresco de la noche, camina lentamente por la orilla del mar Simón Bolívar. Lo acompañan tres o cuatro personas que escuchan con respeto sus palabras.

Aunque tostado por el sol, hay en el fondo de las arrugas que le cruzan y penetran el noble y largo rostro —como figura del Greco—, amarillenta palidez de muerte. Delgado, pequeño de estatura, blanco ya el pelo de las sienes, todo nervio, todo luz en los brillantes ojos, se detiene a cortos trechos para tomar aliento, porque casi no puede respirar.

En el bochorno reverberante de las tardes tropicales, acostado en su hamaca en posición que lo haga descansar de sus dolencias, lee y dicta fatigosamente su contestación a numerosas cartas. Ha vuelto a revisar con emoción la última de Sucre, que recibió en Turbaco, y a la que O'Leary puso como fecha probable el 8 de mayo de 1830. Así le dice el Mariscal de Ayacucho a Bolívar desde Bogotá:

“Mi General: Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido el corazón, no sé qué decir a usted” . . .

“Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar mis sentimientos. Usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a

su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo pensando que usted me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo” . . .

“Adiós, mi General. Reciba usted por gaje de mi amistad, las lágrimas que en este momento me hace verter su ausencia. Sea usted feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo, **Antonio José de Sucre**”.

Lee otra vez Bolívar esta carta póstuma de aquel joven militar —de 30 años cuando ganó la batalla de Ayacucho—, y tiene que hacer un gran esfuerzo para dominarse, porque lo estremece el llanto. Pocos días antes, el 4 de junio, se lo han matado alevosamente en las montañas de Berruecos, cuando se retiraba de los negocios públicos para entregarse, triste también y desilusionado, al amor de su mujer y de su hija en la capital ecuatoriana.

Con razón exclamó Bolívar al recibir la horrible noticia de aquel infame asesinato: “¡Santo Dios! Han matado al Abel de Colombia”.

¡¡Al Abel de Colombia y de toda la América española, que habrían de tener ante sus ojos los jóvenes de hoy, para que no desvíen jamás su ruta; para que la lealtad, el valor y la pureza del héroe sin manchilla, nimbado por la única gloria perdurable, los ayude y fortalezca frente a la peligrosa tentación de los hartos de materia, sin soplo espiritual que los redima!!

\* \* \*

Revolución en Bogotá. Nuevas cartas y emisarios que solicitan al Libertador, todavía detenido en Cartagena. Con mayor insistencia lo llaman sus amigos en agosto;

lo necesita la República; le piden que regrese y se haga otra vez cargo del poder supremo.

Titubea Bolívar. Frente a sus ojos el mar y el buque en que podría embarcarse. A lo lejos, en la altiplanicie, el aire puro de las montañas que podría salvarlo. ¡Y de nuevo la lucha intensa por la unidad de los países que apenas pudo libertar de España!

Pareciera que su destino lo detiene en tierra colombiana. No recibe los pasaportes que ha solicitado. No le mandan los fondos que espera con impaciencia, semana tras semana. Se le comunica, antes bien, que sus valores y sus propiedades han sido decomisadas por los antiguos subalternos suyos, dueños a la sazón de la fuerza y de la autoridad en Venezuela.

Casi extenuado pasa a Soledad y Barranquilla, a fines de septiembre. Sus males se acentúan a tal extremo que el aire puro del Caribe no le alivia de sus síncope. El 1.º de diciembre llega a Santa Marta, y en silla de manos tienen que bajarlo del bergantín "Manuel". Tuberculosis con invasión de ambos pulmones, diagnostica el doctor Alejandro Próspero Reverend.

El día 6 el hidalgo español don Joaquín de Mier lo hace llevar a su quinta de San Pedro Alejandrino, en donde aquel humilde y sabio médico francés, el doctor Reverend, que no lo desampara, se esfuerza desesperadamente por salvar al prócer.

Allí frente a la playa, allí bajo los tamarindos que tantos autores han citado, casi delirante, se dirige todavía el Libertador a ministros y a generales, rogándoles que se reconcilien en favor de la unidad. Y ya casi moribundo, en presencia de los amigos que asisten a sus últimos días, dictará y firmará su proclama de despedida a los colombianos.

"... Al desaparecer de en medio de vosotros... no

aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. . . Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

• • •

El 17 de ese mismo mes bajó Bolívar al sepulcro, pero no emprendió tranquilo el largo viaje. Acaso hoy lo asaltaría también la duda, ante la ignorancia, el dolor y la miseria en que aún se debaten inmensas mayorías de la América que él trató de libertar.

¡Y ante la responsabilidad que en ello tienen los que forman nuestra mediocridad enaltecida, condecorada y entreguista, en pugna siempre con Bolívar!

Las nuevas castas dominantes, los amos del poder y de la fuerza se apartaron de su ruta luminosa, a pesar de las estatuas y de los inflamados discursos en homenaje a su memoria. Se desviaron, igualmente, de la ruta revolucionaria que a Morelos lo llevó al cadalso.

Sólo a medias, durante el siglo diecinueve, triunfaron los defensores de la independencia —que se refiere al territorio—; mas fué cruel y sanguinaria la persecución de los que pugnaban por la libertad integral del ser humano.

El siglo veinte les da la razón a nuestros próceres, con Morelos y Bolívar a la cabeza. Nuevos rumbos se abren a la humanidad.

¡Bien podemos esperar que el ideario de tantos hombres guías haya sido una siembra venturosa, que germine al cabo en el fecundo corazón de América!

## PALABRAS FINALES

**S**ON en realidad tan claros los textos transcritos en este ensayo, de Morelos y de Bolívar, que nada en mi concepto puede agregarse como interpretación o explicación. Bastará con resumir lo que se ha dicho en unas pocas conclusiones.

El pensamiento revolucionario del gran insurgente mexicano, a través del período caótico y a través de la Reforma, da un salto de más de cien años y se hace ley en la Constitución de Querétaro de 1917.

El pensamiento cósmico de Bolívar, a su vez, después de un período más o menos largo, con variaciones propias de distintas épocas, toma cuerpo en la Sociedad de las Naciones, en la Carta de San Francisco, en las Naciones Unidas, en la Carta de Chapultepec, en el sistema jurídico interamericano, multilateralmente esbozado y adoptado, sin preeminencia de ningún imperialismo, por la paz, por la justicia, por la libertad y por la democracia.

La tesis de Morelos, en lo que se refiere a problema tan fundamental como el agrario en países agrícolas, podría tal vez sintetizarse en una frase: El indio, el campesino, sólo se liberta con la tierra, que es para él la patria misma, la única patria tangible en que se forja el ciudadano.

Así pensó también Bolívar, desde que estaba en Jamaica, y al expedir las leyes y decretos en que ordenaba devolver sus tierras a los indígenas de los países liberados; o que se les dotase con las de dominio público cuando no las poseyeran.



Contra la esclavitud emitieron ambos próceres disposiciones casi iguales. Los dos se enfrentaron al emblema de Fernando VII. Improvisaron ejércitos. Tuvieron que hacer la guerra a muerte. ¡Y enfrentarse a la falta de comprensión de sus contemporáneos!

Aristócrata y opulento el caraqueño, pobre hasta la indigencia el cura de Carácuaro, ambos buscaban el mismo fin. Sacrifica el uno su comodidad y sus riquezas, venciénzose a sí mismo, para luchar con fieras y contra fieras. Sacrifica el otro su tranquilidad de sacerdote para tomar las armas en favor del oprimido, acaso —según lo afirmó hace poco un escritor— porque “los que han sufrido mucho tienen una especial sensibilidad para el dolor ajeno”.

En manos de Bolívar y de Morelos el poder no era un fin, sino un medio para mejorar la situación de sus coetáneos y de la posteridad. Para otros, en cambio, el poder únicamente ha sido un fin en que los apetitos destruyen toda gloria.

Dicho en otros términos: las batallas que libraron Morelos y Bolívar, con mucha heroicidad y mucha sangre, fueron un medio indispensable de mejorar la vida con la muerte. Sólo en esa forma, por desgracia, fructifican los grandes idearios de libertad y de justicia, con tantas y **tan ilustradas** opiniones en su contra. Los de la misma generación, generalmente, no ven la luz al pie del faro, cuyo resplandor se enfoca hacia la lejanía.

Por eso murió Morelos en el cadalso, degradado como “hereje, materialista, deísta, traidor de lesa majestad divina y humana, debiendo asistir al auto de su degradación —antes de que lo fusilaran por la espalda— en forma de penitente *intermissarum solemnium*, como tal hereje y fautor de herejes”.

Por eso fueron tristes y desolados los últimos días

de Bolívar. Las mejillas hundidas, el brillo febril de los ojos enmarcados en órbitas profundas, denunciaban el estrago de la tuberculosis. ¡Cuarenta y siete años que parecían sesenta, cuando se le detuvo el corazón!

Pero pasaron sus quebrantos en la tierra, y Morelos y Bolívar son ahora todo espíritu. Sus figuras gloriosas se dan la mano a través del tiempo y de los Andes, desde el Ixtaccíhuatl y el Pico de Orizaba, hasta el Chimborazo y el macizo imponente del Potosí, como guardianes del hombre americano.

¡Volver a ellos, a su pensamiento y a su acción, en esta hora trágica del mundo! ¡Volver a ellos, para que la América española pueda cumplir su destino!

## V I C E N T E   S A E N Z

### SUS PRINCIPALES OBRAS

(Tamaño cuádruplo mayor, con un total de 2,160 páginas)

Norteamericanización de Centro América.

Rompiendo Cadenas.

España Heroica.

Guión de Historia Contemporánea.

Cosas y Hombres de Europa.

Opiniones y Comentarios de 1943.

Centro América en Pie.

### OTROS LIBROS Y FOLLETOS

Actitud del Gobierno de Washington hacia  
las Repúblicas centroamericanas.<sup>1</sup>

(“Current History Magazine”)

Traidores y Déspotas de Centro América.

El Canal de Nicaragua.<sup>1</sup>

Intervención de los Estados Unidos  
en Centro América.<sup>1</sup>

(“Current History Magazine”)

Cartas a Morazán.

España en sus gloriosas jornadas de julio  
y agosto de 1936.<sup>2</sup>

El resplandor de España.<sup>1</sup>

Palabras del Presidente de  
la República Española.<sup>3</sup>

La Doctrina de Monroe frente  
a los nazis en América.

Elogio de Francisco Morazán.

Paralelismo de la paz y de la democracia.

Actualidad y elogio de don Juan Montalvo.

Morelos y Bolívar.

### POR PUBLICARSE

Siete ensayos y un epílogo.

Por qué tuve que disparar.

Vidas de ayer y de hoy.

<sup>1</sup> Inglés y castellano.

<sup>2</sup> Castellano y ruso.

<sup>3</sup> Castellano, inglés y francés.

Se acabó de imprimir este sobretiro en la  
Empresa Editorial Beatriz de Silva,  
el día 6 de octubre de 1947.  
La edición estuvo al cuidado  
de la Sociedad  
Bolivariana  
de México.

### **Gazapos siempre inevitables**

Las líneas 9 y 10 de la página 59 están traspuestas: son líneas 5 y 6.

**Erratas menores.**—Línea 15, página 22. Dice en fecto, debiendo decir, en efecto.

Línea 3, página 75. Dice Ayucucho por Ayacucho.

Línea 6, página 110. Donde dice súbitos léase súbditos.